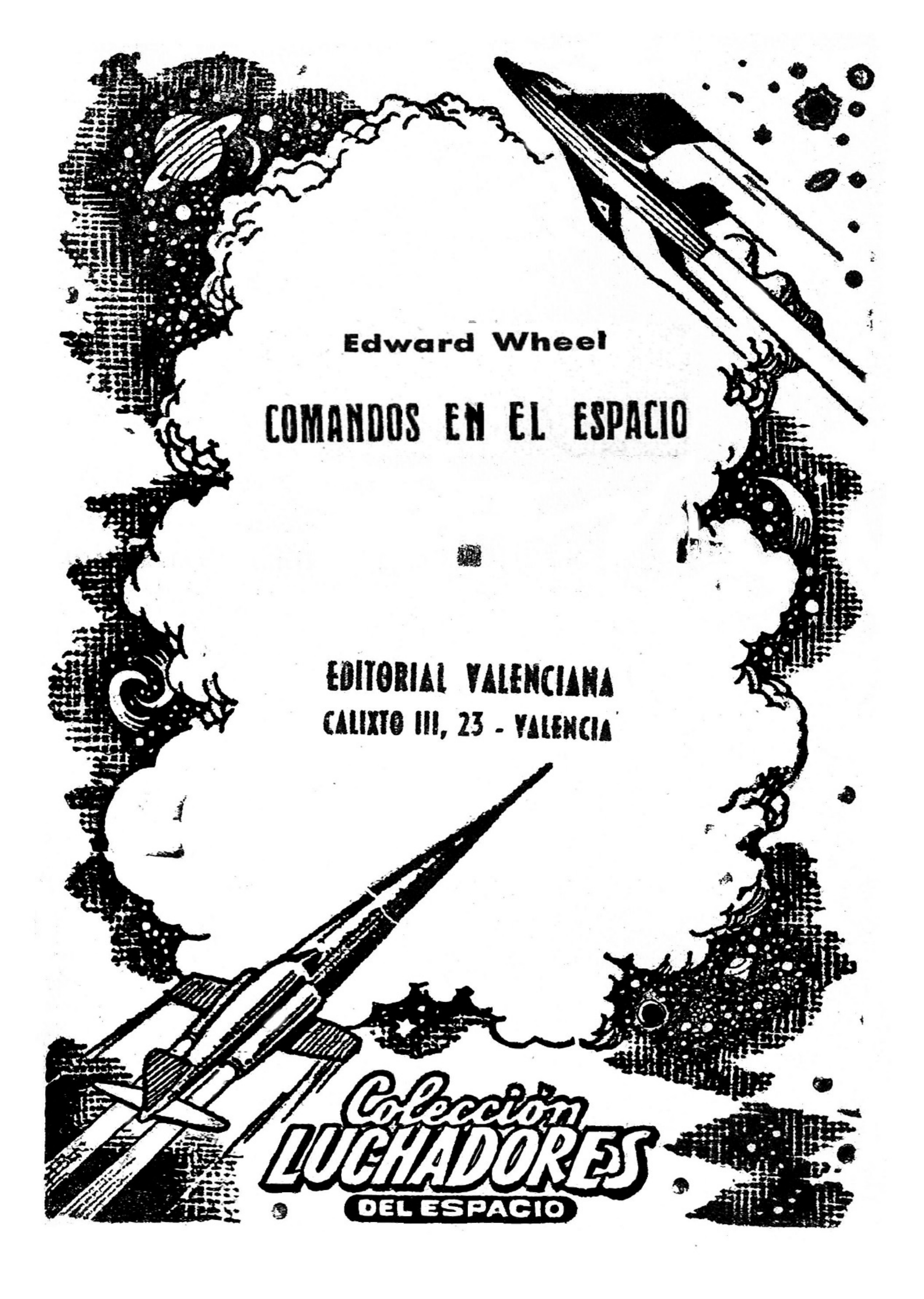

COMANDOS EN EL ESPACIO
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
EDWARD WHEEL



Edward Wheel

COMANDOS EN EL ESPACIO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Depósito Legal V. 279.—1962.

Número de registro: 7256.—1961.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA

Lejana, vivías en mí perenne; hoy, cerca, eres la luz que iluminas mi alma y fortalece mi espíritu.

A ti, mi mujer.

EL AUTOR.



CAPÍTULO PRIMERO

D

ouglas Allison echó un rápido vistazo a los instrumentos que tenía ante sí y, tras hacer unas anotaciones en un pequeño cuaderno depositado cerca de su mano, se incorporó sobre el amplio sillón que ocupaba y oprimió un pequeño conmutador.

Respondiendo a su acción, una pequeña luz brilló dentro de algo que se parecía extraordinariamente a un ojo mágico.

Aquella luz fue tomando intensidad y pocos segundos más tarde, aquel aparato emitió una voz gangosa que recitó:

—Velocidad, cuarenta y siete mil kilómetros hora. Distancia del objetivo, ciento cuatro mil kilómetros. Derivación ruta, cinco grados a estribor.

Allison sonrió satisfecho y, dando unos golpecitos casi afectuosos al cerebro electrónico que acababa de suministrarle aquellos datos, lo

desconectó.

Luego estableció comunicación con las restantes dependencias de la astronave y, cuando a través de la pantalla televisora divisó a sus hombres, anunció:

—¡Atención todos! Comandante a tripulación. Estamos llegando a nuestro destino. Vincent, corrija rumbo; derivamos cinco grados a estribor. Raymond, prepárese para la maniobra de desaceleración y comiéncela a los veinticinco mil kilómetros. Robinson, ponga en funcionamiento el radar ultrasónico y conéctelo con mi cabina, quiero tener una idea lo más aproximada posible de lo que encontraremos ahí abajo. Cuando hayan ejecutado mis órdenes, conecten los auxiliares electrónicos y suban a verme; deseo hablarles.

El comandante de la «Z-2», paseó una escrutadora mirada por los cuatro hombres que intégraban su tripulación y, satisfecho al parecer, dijo:

—Señores, dentro de unas dos horas arribaremos a Venus, ¡Nuestro objetivo! Un objetivo que nos ha sido designado por el alto mando y que, no tardando, habrá dejado de ser una incógnita para nosotros. Pero no quiero ocultarles que las cosas están tomando un cariz mucho más grave del que se creyó en un principio. Según el último parte recibido, parece que en Neptuno está sucediendo algo parecido. Esto nos hace descartar la idea de que todo haya sido causa de una revuelta en este planeta. Según parece, alguien nos está atacando y lo está haciendo a conciencia y en diversos planetas a la vez. Sé que todos ustedes son hombres de temple. A todos nos seleccionó cuidadosamente el mando, teniendo en cuenta la misión que se nos iba a encomendar. Después fuimos especialmente adiestrados para nuestra tarea de comandos del espacio y por ello estamos perfectamente preparados para afrontar cualquier situación por extraña o difícil que sea. Todo esto me consta, pero es que presumo que ahí, abajo, nos vamos a encontrar con algo raro, incomprensible, misterioso, fuera de los límites de la razón humana; pero fuera lo que fuere, tenemos que esclarecer las cosas y averiguar lo que ha sido de nuestros colonos. Ahora, vuelvan a sus respectivos puestos y estén atentos a cualquier contratiempo que pudiera surgir. Ustedes, Vincent y Raymond, pasen los mandos aquí y regresen. Quiero que dirijamos la maniobra de amaraje conjuntamente.

Bajo las expertas manos de sus tripulantes, la «Z-2», enfiló su puntiaguda proa hacia Venus y con fantástica velocidad, no tardó en acortar la distancia hasta veinticinco mil kilómetros. Entonces el sistema de desaceleración entró en funciones y la astronave comenzó a girar alrededor del planeta, mientras su velocidad se reducía rápidamente.

En la cabina de mando, Douglas Allison, acompañado de Vincent y Raymond, examinaban atentamente la pantalla que iba reproduciendo con absoluta fidelidad la corteza venusiana.

De pronto una luz roja parpadeó en cortas intermitencias y una especie de altímetro empezó a descender por una escala graduada. Más tarde, cuando la aguja llegó casi a la mitad de la escala, se encendió una luz verde y Allison comentó:

—Estamos a quinientos metros de la atmósfera. ¿Podemos descender?

—Sí, señor—contestó Vincent.

— ¿Qué velocidad pongo, señor? — preguntó Raymond.

Marcharemos a dos mil quinientos kilómetros hora, hasta llegar a los cinco mil metros de altura; luego daremos una vuelta de exploración y nos posaremos en cualquier lugar desierto.

Pero la segunda parte de sus órdenes quedaron incumplidas.

A los cuatro mil metros, la «Z-2» clavó su afiladísima proa en una masa amorfa y, a partir de aquel momento, Allison y sus hombres se debatieron entre las garras del misterio.

Al principio pareció que aquella cosa invisible cedía bajo el poderoso empuje de la «Z-2». Se notó una especie de resistencia vencida y la astronave siguió descendiendo lentamente. Pero no fue así; «aquello» tenía la consistencia del acero mejor templado y, pese a que cedía con la misma elasticidad de la goma, oponíase a su paso con una eficacia que sobrecogió el ánimo de los cinco hombres.

Para colmo, todos los instrumentos de a bordo habían dejado de funcionar. Todos excepto los potentes motores nucleares que rugían fieramente como irritados de que algo se les opusiera.

Los cinco hombres se miraron pálidos y temerosos. Sus mentes no podían calibrar qué clase de peligros les amenazaban. Aquello era totalmente incomprensible.

Que una astronave fuese detenida en pleno espacio por algo que se había interpuesto en su camino, no tenía lógica. Pero si, además este algo, resultaba invisible y detenía a la nave sin producir choques ni sacudidas, la cosa dejaba de tener explicación. Iba contra todas las leyes físicas y naturales.

Y mientras tanto, la astronave terrestre había llegado a quedar paralizada. Sus motores seguían rugiendo con una potencia inusitada sin lograr otro resultado que agitar la astronave con una trepidación tan violenta, que amenazaba pulverizar toda su estructura.

—Tenemos que salir de aquí; quitar o destruir el obstáculo que nos impide el paso—dijo Allison reaccionando de su estupor—.

Raymond, usted es el encargado de los motores. Los conoce perfectamente y sabe de lo que son capaces; prepárese a darles toda la potencia que puedan desarrollar. Usted, Vincent: si conseguimos atravesar «eso», procure que no nos estrellemos. Tendrá que demostrarnos su pericia como piloto, pues con los motores al máximo y la poca distancia que nos separa del suelo, tendrá que hacer milagros. ¡Adelante, Raymond! Toda la potencia, y de golpe.

—Sí… sí, señor; pero…—tartamudeó el ingeniero.

—¿Pero qué señor Raymond?—inquirió Douglas Allison impaciente.

—Si conseguimos atravesar esa resistencia… moriremos aplastados, señor. Tenga en cuenta que la «Z-2» dará un imponente salto al ser lanzada de golpe a una velocidad de sesenta mil kilómetros. Aunque Vincent pudiera librarla del choque contra Venus, nos desintegraríamos en el espacio.

—Sí, Raymond, lleva razón; pero es que usted no hará más que darle toda la potencia a los motores durante una fracción de segundo. Inmediatamente los volverá al ritmo de ahora. ¿Comprende? Es una especie de empujón. Un empujón de nuestros cien mil caballos de fuerza y que barrerá ese obstáculo.

Raymond comprendió la idea de su jefe y, con una sonrisa esperanzada, se dirigió a un extremo de la cabina.

Su mano derecha se elevó despacio, como indecisa, hasta acariciar el extremo de una palanca. Sus ojos miraron el número grabado donde estaba detenida y su cabeza se movió dubitativamente. Cuando tirase de aquella palanca, la astronave pasaría en décimas de segundo de los dos mil quinientos kilómetros hora, a los sesenta mil. ¡Un disparate! Pero no quedaba más remedio. Estaba acostumbrado a obedecer y aunque sabía que el peligro menor era que la nave quedara reducida a polvo, se dispuso a cumplir la orden.

—Preparado, señor—articuló con dificultad.

—Pues… ¡Adelante!

Raymond apretó el extremo de la palanca entre su mano, dudó un instante y, enseguida, la bajó hasta el final, con un seco golpe.

La «Z-2» pareció que daba un salto en el espacio al tiempo que sus cinco motores nucleares lanzaban un ronco y ensordecedor alarido de protesta. Las cinco toberas de escape vibraron estremecidas bajo el aliento ardiente del escape y en un instante se pusieron al rojo vivo.

Pero el muro invisible que detenía a la astronave, anclándola en el espacio, no cedió.

Impulsada por sus cien mil caballos de fuerza, la nave terrestre

avanzó unos metros con rapidez. Luego, aquella fuerza invisible se fue oponiendo a su poderosa embestida y, cuando transcurrió un segundo, la «Z-2» estaba retrocediendo entre un espantoso rugido de motores y la lluvia de fuego que despedían los escapes.

Los tres hombres que permanecían en la cabina, se miraron desconcertados y a punto de dejarse dominar por el pánico. Estaban sudorosos, los ojos agrandados por un asombro infinito y el cuerpo sacudido violentamente por el shock nervioso que la extraña situación les había originado.

—Quítele la potencia a los motores, Raymond —ordenó el capitán —. ¡Es inútil!

Raymond le miró sin salir de su estupor y se dispuso a obedecer.

Su mano apretó nerviosamente la palanca y todo su cuerpo se preparó para levantarla hasta, el máximo.

Sin embargo, los sucesos vinieron a demostrarles, nuevamente, que sus destinos habían dejado de pertenecerles. Algo superior a su voluntad, algo desconocido y terrible, los estaba haciendo juguetes de su capricho.

En el instante que Philips Raymond se preparaba para impulsar la palanca, una fuerza desconocida la hizo subir tan bruscamente, que produjo un seco chasquido al llegar a su tope superior.

Inmediatamente, se hizo un gran silencio, aumentado por el contraste. Los motores callaron. La astronave dejó de vibrar y todo quedó sumido en una extraña quietud llena, de malos augurios.

—¿Por qué ha apagado los motores, Raymond?—preguntó Allison desconcertado.

—¡Eh! ¿Cómo dice? —inquirió el ingeniero desconcertado y dejando de mirarse la mano que había estado empuñando la palanca de mando—. Yo... yo no he movido la... la palanca, señor. Se ha subido ella sola.

—¿Es que se ha vuelto loco, Raymond? ¿Qué tontería está diciendo?

—Es la verdad, señor. Me disponía a cumplir su orden, cuando una fuerza extraña me arrebató la palanca de la mano.

El capitán cruzó de dos zancadas la cabina y, empuñando la palanca con ambas manos, intentó bajarla.

Todo fue inútil. Aquel trozo de acero que, habitualmente se deslizaba con tanta suavidad, parecía ahora soldado al resto del mecanismo y no se movió ni un ápice.

—¡Pero qué misterio es éste!—exclamó, Douglas—, ¿Es que nos hemos vuelto locos, o es que estamos bajo los efectos de una

pesadilla? Tenemos que romper esa barrerá a toda costa. Vincent, dígale a Edgar Robinson y Mike Fadner que conecten los servomecanismos de control remoto y que vengan aquí.

Unos segundos más tarde los dos hombres hicieron su aparición en la cabina. Venían pálidos y desencajados y los dos intentaban hablar al mismo tiempo.

—No es hora de hablar—cortó abruptamente Allison—. Es hora de obrar, y con toda rapidez. Fadner, usted es el técnico del sistema defensivo de nuestra astronave. Dispone de armas nucleares capaces de destruir cualquier cosa. Dispare contra eso que tenemos delante y destrúyalo.

—Es... es lo que intentaba decirle, señor—respondió Mike—. Todo el sistema electrónico de la «Z-2» ha quedado inutilizado. Ningún mando obedece, es como... como...

—Como si hubiesen interferido nuestros circuitos de control, anulándolos o apoderándose de ellos—aclaró Robinson.

—¿Quiere decir que estamos prisioneros dentro de nuestra misma nave?

—Sí, capitán. Prisioneros, inermes y lo que es peor, en el espacio. Pues como habrá observado estamos suspendidos en el aire.

Las palabras de Robinson hicieron converger todas las miradas a través del plástico que hacía las veces de parabrisas.

Efectivamente. La nave de una forma totalmente inexplicable seguía inmóvil y como suspendida en el mismo sitio donde se parara.

—¿Y las armas dé mano, funcionan? Tenemos fusiles y pistolas atómicos dotados de un enorme poder destructivo.

—Sí, señor, pero, ¿cómo los dispararemos? Las puertas de la «Z-2» se abren por medio de un mecanismo electrónico... Si no es destruyéndolas, no se abrirán—arguyó Robinson.

—¿Pero es que hemos de resignarnos a permanecer aquí de por vida?—exclamó Allison furioso ante su impotencia—. ¿Qué seres misteriosos nos han hecho sus prisioneros? ¿Qué perversos fines les guían al ponernos en esta situación? ¿Y qué diablos es eso que nos impidió el paso y sobre lo que nuestra nave reposa ahora como un pez muerto?

En aquel momento Allison no tenía respuesta «a sus preguntas. Sus hombres tampoco podían contestar.

De esto se encargaría el futuro. Un futuro tan próximo y pavoroso que de haberlo podido entrever...

CAPÍTULO II

CAPÍTULO II

E

l silenció que se había hecho al callar Douglas Allison, fue roto por un leve chasquido.

Los cinco hombres miraron, a una, hacia el sitio donde se había producido aquel ruido. La palanca de puesta en marcha de los motores, aquella palanca que Allison no pudo mover antes, habíase corrido un par de centímetros hacia abajo y, casi al instante, los cinco motores entraron en acción.

El capitán de la «Z-2» corrió hacia el sillón que había ante el salpicadero y, dejándose caer de cualquier manera, empuñó los mandos de la nave.

Sin embargo, su rápida acción no tuvo ningún resultado práctico. Ninguno de aquellos mandos obedeció a sus deseos. Todos se movían de una forma normal como si los hubiese guiado la experta mano de alguno de aquellos cinco hombres. Pero aquellos cinco hombres no hacían otra cosa que mirar. Mirar con los ojos a punto de saltárseles de las órbitas de puro asombro y terror.

En el mayor silencio transcurrieron varios minutos. En el transcurso de ellos, la «Z-2» fue descendiendo rápidamente y luego describió varios círculos, sobrevolando una extraña ciudad. Por último fue a posarse blandamente en una amplia llanura situada al norte de la población.

—Bueno, por lo menos hemos llegado a donde deseábamos. ¿Pero qué ciudad será ésa que hemos visto? No tenía noticias de que existiera ningún núcleo de población por esta parte del planeta. Además, esas casas no tienen semejanza con...

Douglas. Allison se interrumpió al ver que la escotilla de acceso se estaba abriendo.

Sus azules ojos miraron expectantes en aquella dirección y no tardaron en descubrir la presencia de un hombre que, subiendo por las escalerillas, se introdujo en la astronave.

El visitante era un tipo alto y atlético. Sus cabellos de un color rubio desvaído y su tez de un rosa pálido, translúcido. Por lo demás, su rostro era regular y la expresión de sus ojos tranquila y sosegada.

—¿Quién es el, comandante de esta nave? —preguntó, en perfecto inglés, el intruso.

—Yo soy el capitán—repuso Douglas avanzando hasta situarse a un paso del otro—. ¿Qué es lo que quiere y por qué ha subido sin mi consentimiento?

—Su consentimiento es innecesario, señor..; señor...

—Allison, Douglas Allison—prepuso éste ante la clara invitación del otro.

—Pues bien, su consentimiento no cuenta para nada. Esta nave, usted y sus hombres, son nuestros prisioneros.

La declaración del intruso fue como una banderilla de fuego clavada en el ánimo de Douglas Allison.

Lentamente se irguió en toda su estatura, su poderoso pecho se hinchó de ira contenida y sus manos se abrieron y cerraron nerviosamente. Lo que había estado sucediendo últimamente le tenía rabioso y exasperado.

Sin pensarlo un segundo, disparó un terrible puñetazo al mentón de su interlocutor.

El impacto fue terrible. El desconocido no había hecho ningún movimiento defensivo y el puño de Douglas chocó con tal fuerza que él joven sintió crujir sus nudillos e insensibilizársele todo el brazo.

Sin embargo, el desconocido no parecía inmutarse. Por el contrario, sus labios distendiéronse en una irónica sonrisa, y comentó:

—Guarde sus fuerzas para otra ocasión, señor Allison. Le aseguro que más adelante las va a necesitar. Sus nudillos no pueden nada contra mí. Aunque mi apariencia se lo haga suponer, no soy un hombre. No soy más que una máquina, un robot, como ustedes dirían.

—¿Qué diablos está diciendo? ¿Es que se ha propuesto burlarse de mí?—exclamó el joven furioso.

—Ya le he dicho lo que soy y lo que pretendo. Hagan el favor de seguirme y no perdamos más tiempo. Si se resisten, emplearé la fuerza.

Ya han visto que su nave está inutilizada y sus armas no funcionan. Por otra parte, debo advertirles que con una sola mirada puedo volatilizarlos.

Aquellas palabras, dichas con toda tranquilidad, impresionaron fuertemente a Douglas. La «Z-2» era su nave y no podía correr el riesgo de que la destruyeran. Tampoco podía lanzar a sus hombres a una muerte pavorosa.

Sin decir nada los miró a todos buscando una contestación en sus rostros.

Allí estaban todos pendientes de sus decisiones. El pequeño y pelirrojo Fadner, el corpulento y pacífico, Vincent, el larguirucho y esquelético Raymond y Egdar Robinson, el perito en radar.

Todos le miraban expectantes y como animándole a la acción. De sus rostros había desaparecido aquella mezcla de asombro y miedo que al principio les acometió. Ahora las cosas se producían de una forma normal y lógica. Tenían a su enemigo delante y podían atacarle.

Los ojos de Allison se clavaron nuevamente en los del

desconocido, que ahora se habían vuelto desconfiados y, adoptando una decisión, dijo:

—No vamos a entregamos, señor robot, vamos a luchar. Muchachos, ¡a las armas!

A sus espaldas sintió pasos precipitados. Adivinó que sus hombres se habían lanzado hacia los armeros adosados en los costados de la cabina y sonrió satisfecho. Aquel hombre, robot o lo que fuera, no podía pasar, él se lo impediría y si intentaba lanzar aquella mirada desintegradora que había dicho...

Sus pensamientos sufrieron una brusca interrupción. Los pacíficos ojos de aquel ser, se inflamaron de rojo hasta parecer dos bolas de fuego líquido e, inmediatamente, lanzaron dos vivos y deslumbrantes destellos.

El ruido de pasos cesó por completo. Douglas lo sintió y fue a volverse para ver qué había pasado. Pero no pudo.

Todo su cuerpo estaba rígido e inmóvil, cual si se hubiese convertido en hielo.

—Ya ven que no les he engañado—habló el robot—. Mi poder es mucho mayor de lo que ustedes pueden figurarse. Por esta vez me he conformado con inutilizarles durante unos segundos. Tengo que llevarles vivos y lo haré. Pero, en lo sucesivo, procuren obedecer sin discusión. Y, ahora, ¡salgan!

Precedidos por aquel extraño ser, Allison y sus hombres atravesaron la llanura donde se había posado la astronave y se encaminaron a un enorme y brillante edificio situado en un ángulo de la ciudad.

Aquella especie de palacio estaba construido con un material parecido al mármol. Tenía una blancura lechosa y los rayos solares producían unas irisaciones tornasoladas de una belleza indescriptible. Las demás casas eran del mismo material y el conjunto resultaba fascinante por su policromía.

El robot los introdujo en un largo pasillo en el cual se abrían puertas a ambos lados. Unos metros más allá, les hizo detenerse ante una puerta y, cuando ésta se abrió, como por arte de magia, los tripulantes de la «Z-2» se encontraron en el interior de una pieza de unos tres metros en cuadro, iluminada por dos grandes ventanales.

En el centro de la habitación había una gran mesa y sobre ella la cabeza de un hombre. De un hombre que era el exacto retrato del ser que los había llevado hasta allí.

Los cinco hombres de la astronave terrestre, miraron aturdidos el macabro despojo y, cuando le vieron abrir los ojos y mover los labios, se sintieron invadidos por un terror supersticioso que los dejó

aturdidos y temblorosos.

Douglas Allison, se llevó ambas manos a los ojos y se los frotó fieramente intentando apartar aquella espeluznante visión de sus rutinas. Cuando volvió a mirar, encontróse con una sarcástica sonrisa de aquella espantosa cara. No, no estaba soñando. Aquella cabeza estaba allí, sobra la roja mesa que le daba sangrientos reflejos.

Se volvió a sus hombres y escudriñó en sus rostros, intentando deducir por sus expresiones si estaban viendo lo mismo que él.

Los cuatro permanecían quietos, sus cuerpos encogidos y las pupilas clavadas con absoluta fijeza en aquella horripilante cabeza viva.

—¡Dios mío!, pero, ¿es que nos hemos vuelto locos?—habló Allison con indefinible acento,

—No están locos—contestó tranquilamente el robot—. Lo que sucede es que son unos seres demasiado inferiores para comprender cosas tan sencillas y elementales como mi apariencia y eso que tienen ahí delante y que tanto miedo les da.

—¿Es que pretende burlarse de nosotros ?—inquirió belicosamente Douglas, preparándose para arremeter contra su interlocutor.

—No, no siento ningún placer con su miedo. Yo no puedo sentir emociones como ustedes. Mi cerebro pisotrónico no está; montado para sentir esa clase de estímulos. Lo que pretendo decirles, es que esa cabeza no es ni más ni menos que un cerebro electrónico como yo. Lo que sucede, es que su misión es diferente a la mía y como no precisa trasladarse; de un sitio a otro, carece de miembros; Le basta con la cabeza. Y, ahora, dejémonos de hablar y contesten a las preguntas que mi congénere les va a formular.

A continuación; tuvo lugar un escrupuloso interrogatorio dirigido por la cabeza parlante.

Allison y sus hombres tuvieron que ir contestando infinidad de preguntas, entré las que figuraban su filiación completa; lugar de la Tierra que procedían, objeto de la expedición.

De todo lo que dijeron no se apuntó ni una sola palabra. Pero Douglas empezaba a comprender que no era necesario. Aquella máquina tendría capacidad para archivar todo aquello y mucho más sin peligro de que olvidase nada.

Durante el interrogatorio, intento varias veces callar o disimular algún dato, pero sus intentos resultaron estériles por completo. En el momento que se salía de la verdad absoluta, los ojos de aquella máquina lanzaban algunos destellos anaranjados e inmediatamente sus labios volvían a repetir la misma pregunta. Guando en una ocasión

intentó callarse, un fluido extraño se apoderó de su voluntad obligándole a decir lo que pretendía callar.

Terminado el interrogatorio, fueron conducidos por el robot a través de un dédalo de pasillos y por último los introdujo en un amplio calabozo donde los encerró, tras advertirles:

—Mi misión respecto a ustedes ha terminado.

Les recomiendo que no intenten evadirse. Esto es imposible en Shanta; Shanta es la ciudad que han visto al venir. Y, ahora, adiós.

Durante cuatro interminables días, nuestros héroes permanecieron en aquel calabozo sin recibir otra visita que un robot idéntico al anterior. Con matemática exactitud, hacía su aparición a las horas de las comidas y, en el mayor silencio, depositaba algunos alimentos sobre una pequeña mesa.

Inútil fue que Douglas le dirigiera varias veces la palabra. Aquel robot o estaba incapacitado para oír o hacía caso omiso de las preguntas que se le dirigían.

Con el transcurso de los días, el asombro y abatimiento de los primeros momentos se había trocado en unos irresistibles deseos de escaparse.

Un centenar de veces habían explorado las paredes y suelo del calabozo, buscando algún fallo que les hiciera concebir alguna esperanza. La puerta también había sido objeto de varios intentos fallidos. No tenía ninguna clase de cerradura y, según explicó Egdar Robinson, debía abrirse por medio de un sistema de células fotoeléctricas.

Por otra parte, la carencia de herramientas u objetos con que reemplazarlas, les restaba toda posibilidad. Excepto las seis literas adosadas en la pared del fondo, varias sillas y una pequeña mesa, no había nada al alcance de sus manos. También había un pequeño lavabo en un cuartito anexo, pero allí tampoco existía nada que pudiera ayudarles.

Un tanto desanimados, estaban celebrando consejo la mañana del cuarto día, cuando de pronto, abrióse la puerta y en el umbral se enmarcó algo que les cortó el habla y arrancó un silbido de admiración al pelirrojo Fadner.

La causante de todo aquel revuelo era una mujer de unos veintitrés años. Sus cabellos recortados en una graciosa melena, despedían reflejos azulados de puro negros haciendo un fuerte contraste con la blancura nacarina de su piel. Tenía una nariz graciosamente respingona y, encima, dos enormes y brillantes ojos de una profundidad y negrura incomparables. Su cuerpo... Bueno, de su cuerpo era mejor no hablar, se dijo Fadner. Tenía de todo y en las

cantidades precisas para componer el conjunto más armónico que jamás había contemplado.

La recién llegada sacó sus manos de los bolsillos de la bata blanca que la cubría y sus sangrientos labios se distendieron en una agradable sonrisa.

—¡Infiernos! Si esto es Un robot, que me lleven ahora mismo a la fábrica donde los hacen —exclamó el enamoradizo pelirrojo.

—¡Buenos días, señores! No soy un robot, soy un ser de carne y hueso como ustedes y hasta tengo un nombre. Soy la doctora Katherine Salkowa.

La muchacha fue estrechando las manos que le tendían y cuando le llegó el turno a Fadner, dijo:

—Tome mi mano, señor Fadner y vea que no es de plástico como la de los robots.

El pelirrojo tomó entre las suyas la tibia y sedosa mano de la joven y para convencerse de que aquello no era artificial, la besó con entusiasmo. Lo malo fue que sus deseos de comprobación le llevaron a repetir la prueba brazo arriba y, entonces, la doctora le obsequió con una real y sonora bofetada que le hizo retirarse mohíno y cabizbajo.

—He venido para comprobar su estado de salud. Les tendré que extraer un poco de sangre y reconocerlos. Si los análisis son satisfactorios, esta tarde los sacarán de aquí y los instalarán en una de las casas de la ciudad.

—¿Quiere decir que nos dejarán en libertad, señorita?—inquirió Douglas con asombro.

—Depende de lo que ustedes llamen libertad, señor Allison.

—Bueno, quiero decir…

—Se les asignará un trabajo y tendrán que realizarlo. En una palabra, estarán prisioneros.

—Prisioneros, ¿de quién?,

La muchacha clavó sus ojos en los de Allison y por unos momentos éste creyó advertir que las pupilas de la joven le miraban con pena y ternura; pero esto fue un segundo. Inmediatamente, la chica miró a otro sitio y respondió:

—No puedo perder tiempo. Tengo mucho trabajo…

—Al menos contésteme a una pregunta, doctora. ¿Usted también está prisionera?

La muchacha dudó unos segundos en responder y, al fin, como de mala gana, dijo:

—En esta ciudad vivimos cerca de cincuenta mil personas, señor

Allison. Todos, absolutamente todos, somos prisioneros. Y ahora, déjense de preguntas y desechen la idea de fugarse. Esa idea es tan imposible como volver a la Tierra andando.

CAPÍTULO III

L[image]

os días empezaron a sucederse llenos de tristezas y agotadores trabajos.

El mismo día que les visitó la doctora Salkowa, fueron sacados del calabozo y trasladados a una de las casas de la ciudad. Previamente se les requisaron los equipos espaciales que vestían y se les hizo entrega de otros corrientes.

La ciudad estaba dividida en sectores, marcados por banderas de diferentes colores. Según se les advirtió, no podían abandonar, bajo ningún pretexto, el terreno acotado con banderas azules y, para que no hubiese confusiones, el personal de cada sección usaba vestidos del mismo color que las enseñas de su sector. Pero todas aquellas medidas resultaban totalmente innecesarias.

La totalidad de los hombres eran montados en una especie de camiones a las seis de la mañana y conducidos a una mina cercana, donde permanecían doce horas trabajando en extracción de mineral.

Ni aun en el trabajo, tenían oportunidad de hablar o verse tan siquiera los hombres de distintos sectores. Cada departamento entraba por una bocamina distinta y, al parecer, trabajaban a distintos niveles.

Cuando regresaban venían tan cansados, que nadie sentía ganas de hablar con nadie.

Douglas y sus hombres intentaron varias veces en el transcurso de aquellos quince días entablar conversación con casi todos los hombres y mujeres que habitaban la casa con ellos, pero sus intentos fueron completamente nulos.

De una forma incomprensible para nuestros héroes, aquellas personas les volvían las espaldas sin ninguna clase de miramientos y sin despegar los labios.

Y no es que fueran seres insociables. Varias veces observó Allison que entre ellos hablaban animadamente, pero en el momento que él o alguno de sus hombres se aproximaba, la conversación se interrumpía y las miradas se hacían hostiles.

Otra de las cosas que al capitán de la «Z-2» le llamó la atención desde el primer momento, fue que un tipo alto y tosco, hacía las veces de capataz. Todos los habitantes de la casa le trataban con una especie de respeto temeroso, que a duras penas podían disimular. En cuanto a las mujeres, lo miraban con verdadero terror. Sin embargo, la mayoría de aquellas personas eran de una clase superior. Pero esto no impedía que todos le llamasen Señor Tyles, aunque él no se entretenía en llamar a nadie de usted.

Todas, las noches se reunían ante una larga mesa para cenar. El llamado Tyles, ocupaba la cabecera de la mesa y el resto se sentaba donde le parecía. Uno de los comensales era la doctora Salkowa. Al

parecer era uno de los inquilinos de aquella casa, aunque solamente se le veía a las horas de cenar.

El resto de las mujeres, cuatro en total se ocupaban de las faenas domésticas y la prueba del que no debía irles muy bien era que todas presentaban un aire triste y cansado, pese a que ninguna habría cumplido los treinta, años.

Aquella noche Tyles debía de celebrar algún acontecimiento. Ante él había una botella repleta de bebida y el hombre se dedicaba a vaciarla con evidente placer.

Los presentes le miraban hacer con infinita intranquilidad y sin atreverse ni a respirar. Por lo visto aquel energúmeno había dejado desagradables recuerdos en anteriores borracheras. Esta vez no iba a ser una excepción.

Estaban terminando la comida y ya algunos hombres se habían retirado, cuando la doctora hizo su aparición.

La muchacha entró en el comedor y fue a sentarse lo más lejos posible del incipiente borracho. Pero éste la estuvo mirando con ojos encandilados desde que la joven cruzó la puerta y, al ver su acción, gritó:

—¡Eh! Salkowa, ven a mi lado, hermosa. Esta noche me apetece tu compañía.

La doctora enrojeció hasta la raíz de los cabellos y sin contestar dejóse caer en la silla que había elegido.

Este silencio pareció enfurecer al beodo. Sus ojos chispearon de coraje y dando un fuerte puñetazo en la mesa, gritó:

—¡Condenación! ¿Es que no vas a obedecer? Ven aquí si no quieres que te traiga yo.

Una intensa palidez se había apoderado de las mejillas de Katherine. En sus grandes y bellos ojos aparecieron dos temblorosas lágrimas. Miró a todos los presentes suplicando ayuda. Pero la mayoría comían con la cabeza gacha, pretendiendo ignorar lo que estaba sucediendo.

Allison y sus hombres miraban la escena con asombro.

Mientras tanto, la paciencia del borracho debió llegar a su límite.

Lanzando una maldición se puso en pie y con la mirada encendida por torpes deseos, fue hacia la joven.

La palidez de ésta se acentuó, sus ojos se agrandaron por el terror y, lanzando un grito, intentó correr hacia la puerta.

Demasiado tarde.

Tyler alargó el brazo y sus dedos se engarfiaron en la muñeca de la chica que chilló despavorida.

El canallesco individuo celebró su triunfo con una sonora carcajada y, dando un brusco tirón de los negros cabellos, hizo girar a Katherine hasta que su cuerpo chocó contra él.

—Así está mejor, paloma. Levanta la cara y mírame—dijo dando otro tirón a los cabellos femeninos.

—Por favor... dé... jeme—articuló la doctora temblando.

—Ni hablar de eso, preciosidad, tú y yo...

El resto de la frase se la tragó, junto con un par de dientes.

Allison no se había podido contener más. Cierto que él ignoraba qué derechos tendría aquel hombre para comportarse así. También ignoraba él porqué todos aquellos hombres se hacían los desentendidos, pero fuera lo que fuera, él no consentiría aquel atropello.

Impulsivamente se había levantado y, cogiendo por el hombro a Tyler le hizo dar media vuelta. Luego, cuando lo tuvo en forma, le disparó un derechazo que fue a estrellarse en la boca del gigantón y le hizo aterrizar estrepitosamente junto con la mesa y una lluvia de platos.

Cualquier hombre normal hubiese tenido bastante para desnucarse, pero Tyler era una montaña de huesos y músculos. Varios de los comensales fueron en su ayuda y cuando lo sacaron de entre el montón de astillas y trozos de plato estaba más rabioso que nunca. La borrachera parecía habérsele pasado por completo y en sus porcinos ojos chispeaba un odio atroz.

De un brusca tirón se desasió de las manos que le habían puesto en pie y se lanzó sobre Allison que le esperaba a pie firme.

Alargó una de las vigas que tenía por brazos y, cuando el joven se echó a un lado esquivando el mazazo, levantó el pie disparándole un recio patadón a la ingle.

Allison estaba en una posición precaria y no pudo esquivar del todo el traicionero golpe.

La punta de la bota le rozó el muslo izquierdo y era tanta la violencia del puntapié, que el joven cayó de costado.

El rufián no esperó a que se levantara. Soltando una imprecación precipitóse sobre su caído antagonista dispuesto a triturarlo bajo sus ciento veinte kilos de peso.

Douglas vio venir aquella mole y, con dificultad, rodó varias veces sobre sí mismo.

Aquello le salvó. Por menos de un palmo esquivó al mastodonte y sabiendo que su única defensa era la rapidez, se puso en pie cojeando.

Tyler también se levantó.

Los dos enemigos quedaron mirándose frente a frente. En la cara del gigante había una mueca de infinita rabia. Su poderoso pecho jadeaba violentamente, y por sus tumefactos labios rebosaba una espumilla sanguinolenta que le daba una expresión repugnante.

—¡Asqueroso gusano; te voy a convertir en manteca, por entrometido¡—jadeó.

Allison no respondió. Estaba acumulando sus energías y atento a las reacciones de su enemigo. Sabía que un descuido por su parte le costaría la vida.

Tyler repitió su juego, pero esta vez le vigilaba, estrechamente y, con un ágil juego de piernas, situóse fuera de su alcance. Luego, antes de que el otro recuperara el equilibrio, avanzó por el flanco derecho y su izquierda partió en un demoledor cruzado que impactó en el hígado de su contrario con un ruido sordo.

Su oponente lanzó un bufido y tuvo que doblarse sobre sí mismo para contrarrestar el terrible dolor que sentía. Su cara quedó al descubierto durante una fracción de segundo, justo el tiempo que Allison tardó en conectarle un fulminante «operkut» en el centro del mentón.

Se oyó un macabro chasquido de huesos rotos y el rufián se enderezó bizqueando. Estaba al borde del K.O.

Pero no cayó, como Douglas esperaba. Aquel energúmeno era un inmenso almacén de energías; En un instante se repuso y, abriendo los brazos, se precipitó contra el muchacho con el deseo de triturarlo.

Allison apartóse a un lado dejando que aquella fiera pasara de largo, juntó las dos manos e inmediatamente le descargó un horrendo mazazo en el nacimiento de la nuca, que tuvo la virtud de hacerle Caer de rodillas.

Un segundo golpe acabó con la resistencia, del granuja.

Sin lanzar una queja cayó de bruces.

La pelea había terminado. Pero ahora empezaba algo peor.

La puerta acababa de abrirse y, en el umbral, apareció el robot que tenía asignada la vigilancia de aquel distrito.

Los metálicos ojos recorrieron el cuadro observando todos los detalles y por último, se fijaron en el jadeante Douglas.

¿Qué ha pasado, señor Allison?—inquirió.

—¡Y tú, maldita máquina! ¿Qué derecho tienes a preguntarme nada? Ya estoy harto de verme mandado y vigilado por trastos como tú. ¿Es posible que los hombres nos hayamos convertido en esclavos de simples monigotes?

—No se altere, señor Allison. Conteste a lo que le he preguntado.

Usted sabe que yo he sido construido con una misión específica, la de ser guardián de ustedes. En cierto modo los hombres necesitan de estas cosas. Lo que ustedes acaban de hacer demuestra que los hombres son seres irresponsables.

—Qué irresponsabilidad ni qué historias. Este hombre es un canalla, intentó violentar a la doctora Salkowa. Ninguno de éstos hizo nada para evitar el atropello. Yo...

—Usted, sabía que ese hombre es nuestro colaborador. Lo que hubiese hecho con la doctora o con cualquier otra, no era de su incumbencia. Las mujeres no tienen ningún valor en el mundo donde nos encontramos. En realidad, ninguno de ustedes sirve para nada. Supongo que cuando termine el castigo que se le va a imponer, habrá perdido esos prejuicios humanos. Acompáñeme y no intente rebelarse, ya sabe que sería inútil.

A raíz de aquello, Allison cayó en un verdadero Infierno.

En unión de unos cincuenta desgraciados más, vivían en lo más profundo de la mina. El trabajo era agotador. Allí no se utilizaban otras herramientas que el antiguo pico y la pala. Diariamente trabajaban dieciocho horas, faltos de aire y a una temperatura de treinta grados centígrados. Las comidas realizábanlas en pie y el que no quería morir de inanición, tenía que engullir todo el alimento en diez minutos, máximo tiempo que se les concedía para este menester. En cuanto a las noches, eran de pesadilla. El suelo les servía de colchón; ni una manta ni una almohada. Nada que pudiese proporcionarles comodidad. El suelo estaba lleno de pedruscos sobresalientes que hacían imposible permanecer dos minutos en la misma posición.

Allí, como en todas las partes, la vigilancia estaba a cargo de los robots, y se castigaba con tres horas de trabajo extraordinario el hablar una sola palabra.

Varios de los hombres cayeron gravemente enfermos, pero no por ello dejaron de trabajar.

En aquel antro de horror se trabajaba o se moría. Esto último era lo único que podía liberar a aquellos desgraciados del inhumano martirio.

Fueron quince días horrorosos. Al término de ellos, Douglas fue reintegrado a su primitivo domicilio.

El joven capitán había perdido varios kilos; estaba extenuado, ojeroso y una gran fiebre le consumía.

Por imposición de la doctora Salkowa, fue alojado en una habitación independiente. Esto le costó a la muchacha reñir una verdadera batalla con el robot de la sección, que, al principio, se

negaba obstinadamente. Pero, al fin, prevaleció el criterio de Katherine, y Douglas quedó bajo los cuidados de una dulce y tímida muchachita, llamada Lauren Flanagan.

Lauren poseía un maravilloso instinto maternal y, desde el primer momento, cuidó al delirante. Allison como si se tratara de un bebé.

Con admirable paciencia y solicitud, pasábase las horas muertas haciéndole ingerir los alimentos que la doctora había prescrito.

Por las noches, cuando ya todo el mundo dormía en la casa, Katherine la relevaba y, aunque venía rendida por el duro trabajo de la jornada, pasaba la noche sentada en una silla, velando al enfermo.

A los cinco días, el estado de Douglas mejoró notablemente. La fiebre empezó a ceder y los delirios se hicieron menos frecuentes.

Entonces, la doctora dejó de pasar las noches en vela y le rogó a Lauren que guardase en secreto los cuidados especiales que había tenido con el capitán de la «Z-2».

Serían las once de la mañana del séptimo día, cuando el enfermo abrió los ojos y echó una mirada a la habitación,

—¡Éh! ¿Quién es usted? ¿Dónde estoy?— preguntó mirando a Lauren con ojos desorbitados al pretender fijar en sus retinas las imágenes.

—¡Oh, señor Allison, por fin! La docto... Bueno, quiero decir que yo estaba muy preocupada por usted. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy terriblemente mareado. Pero, ¿dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?

—Tranquilícese, capitán—dijo la chica posando su pequeña y blanca mano sobre la frente del enfermo para obligarle a posar la cabeza sobre la almohada. Después, mientras arreglaba el embozo, prosiguió—: Está en casa. Lo trajeron hace unos días muy enfermo, pero ahora ha pasado el peligro y pronto estará, completamente bien.

—Así que todo fue real. ¿Aquel infierno, no lo he soñado...?

—Si se refiere usted a ese horrible sitió del que hablaba en sus delirios, no lo ha soñado. De allí le trajeron cuando cumplió los quince días que le habían impuesto de castigo. ¡Ah, señor Allison! No he estado en ese sito, pero demasiado conozco los sufrimientos que ha sobrellevado en aquel antro. Durante su inconsciencia ha relatado con todo lujo de detalles las miserias y trabajos que los infelices castigados tienen que soportar. La crueldad de estos seres es monstruosa. No...

—Por favor, señorita—le interrumpió Allison—. No llame seres a esas repugnantes imitaciones humanas. No están dotadas más que de cerebro. Un cerebro como el nuestro capaz de razonar y de pensar. Tienen también una memoria que supera a la nuestra, pero, en cambio

les faltan sentimientos, y esto es lo verdaderamente horrible, ya que les igualaría, los hombres más depravados y repugnantes de nuestro mundo.

Lauren había intentado dos o tres veces decir algo, pero Douglas, dominado por una tremenda rabia contra los robots, no se detuvo hasta decir todo lo que pensaba de ellos.

—Pero yo no me refería a los robots, señor Allison. Me refería a sus constructores. Como usted comprenderá, esas máquinas han tenido que ser fabricadas por alguien que las tiene a su servicio. A ése alguien es a quien yo calificaba de cruel.

—¡Ah! Precisamente eso es lo que intenté preguntarle a ustedes desde el primer momento de mí llegada a esta casa, pero ignoro por qué razón se obstinaban en guardar silencio y hacernos el vacío; Más que amigos y compatriotas nos han tratado como a enemigos. Usted misma...

—Sí, es cierto y lo lamentamos; pero hay motivos suficientes para que no podamos confiar en el primer desconocido que llega...

¿Pretende insinuar que hay terrestres que colaboran con estos... con estos robots?

—No lo insinúo, señor Allison. Lo afirmo rotundamente. Por desgracia es así. Varias veces nos han traído personas que, en apariencia, eran tan maltratadas como nosotros resultó que estaban al servicio de nuestros enemigos. Son esa clase de gentes o que carecen de toda clase de escrúpulos y sentimientos; esos que usted comparaba hace un momento con los robots. Tyler y la doctora Salkowa forman parte de esa legión de verdugos y traidores.

Al oír el nombre de Katherine asociado con tan duros calificativos, Allison se incorporó bruscamente sobre las almohadas y mirando a Lauren, entre asombrado e incrédulo, afirmó:

—Eso es imposible. La doctora me parece una mujer culta, inteligente, dotada de magníficos sentimientos y, sobre todo, con una formación moral incorruptible. Estoy seguro que usted la odia por alguna razón particular y esto le hace hablar, así.

Lauren Flanagan arqueó una de sus rubias cejas y curvando los labios en una irónica sonrisa, comentó:

—¡Ah, señor Allison! Cada día me asombra más el poder que ejerce sobre los hombres un rostro de mujer. Sobre todo, cuando ese rostro es tan bonito como el de la doctora. Sin embargo, está completamente equivocado al creer que yo odio a Katherine. La desprecio simplemente. Ahora, después de lo que ha hecho con usted... Bueno..., quiero decir que después de ciertas cosas, mi desprecio se ha trocado en compasión.

—¡Un momento! —le interrumpió Douglas—. ¿Qué es eso que ha hecho por mí?

Lauren enrojeció violentamente y se retorció las manos con inquietud.

—Vamos, dígame qué hizo.

—No, no debo decirlo; me pidió que guardara silencio. Por lo visto, sus amos no le consienten que prodigue cuidados especiales a ninguno de nosotros.

—¿De modo que a mí me dio un trato diferente?

Lauren asintió con la cabeza y, creyendo que ya había revelado lo esencial, le contó detalladamente el interés que Katherine se había tomado con él, permaneciendo junto a su lecho todas las noches, pese a venir rendida de cansancio. Después, como queriendo destruir la fe que Douglas empezaba a tener en Katherine, agregó: —Pero no debe emocionarse demasiado, señor Allison; yo no tenía más familia que mi padre. Él era el jefe del comité que se había organizado para sabotear a nuestros enemigos. Por su iniciativa causamos grandes pérdidas a nuestros aprehensores y estuvimos a punto de derrotarlos. La inteligente y culta doctora Salkowa se encargó de que mi padre desapareciera de entre nosotros, ¿Se da cuenta? El único ser querido que tenía.

CAPÍTULO IV

Douglas acababa de tomar el desayuno y estaba tratando de convencer a Lauren para que le diera su ropa.

Con la terquedad de un borracho insistía en levantarse. Los esfuerzos de la muchacha por convencerle de que aún no estaba bien y que si se levantaba le harían ir a trabajar, no habían tenido ninguna eficacia.

Lauren, como último recurso, había recogido todas las prendas de vestir que había en la habitación y, con la puerta entreabierta, concluyó:

—No insista, señor Allison; me llevo sus ropas y no se las devolveré hasta que la doctora me lo diga.

—¿Qué ocurre, Lauren?—inquirió Katherine entrando en la habitación y mirando con extrañeza a los dos jóvenes.

—No ocurre nada, doctora. Sencillamente deseo levantarme; Ya estoy bien y deseo tomar el aire.

Lauren aprovechó la entrada de Katherine para salir, llevándose el lío de ropa, sin hacer el menor caso a las llamadas de Douglas.

—Vamos, no grite, señor Allison. Está muy débil y no es conveniente que derroche sus escasas energías—arguyo Katherine con sorna.

—Le repito que estoy bien y…

—Yo soy el médico—le interrumpió—. Soy quien tiene que decidir si está o no, en condiciones de levantarse.

—Pero ¿es que se proponen tenerme aquí toda la vida?

—Nada de eso, capitán. Pretendo únicamente que se cure del todo. No quiero que me dé más trabajo.

Douglas miró el rostro ajado y lleno de cansancio de la joven y sintió que una oleada de agradecimiento le inundaba el corazón. Fue a expresar en palabras lo que sentía, pero en aquel momento recordó las cosas que le había referido Lauren y su cerebro dictó algo muy distinto.

—No comprendo cómo se preocupa tanto de un ser humano, doctora Salkowa. Yo soy exactamente igual que los otros.

La sonrisa de la muchacha borróse de sus labios, sus párpados moviéronse nerviosamente y al hablar su voz tornóse insegura.

—No sé... qué quiere decir, yo...

—Pues yo sí sé lo que quiero decir—afirmó con rabia y desprecio Douglas—. Quiero saber si es que abriga conmigo los mismos «caritativos» propósitos que tuvo con el padre de Lauren.

Sus palabras causaron un efecto terrible en la joven.

Su palidez trocóse en un amarillo terroso y todo su cuerpo tembló violentamente, Sin pronunciar una sola palabra se dejó caer desmayadamente en una silla mientras dos gruesas y ardientes lágrimas temblaban en sus bellísimos ojos.

Douglas observó aquella actitud y durante unos segundos esperó una respuesta, pero Katherine seguía derrumbada en la silla sollozando entrecortadamente.

—¡Vaya! al menos no lo niega Comprendo que su traición es tan evidente, tan acusadoras las pruebas, que no quiere malgastar saliva en justificarse. ¿O acaso es que ha descendido tanto que no le importa su vileza?

Las últimas palabras tuvieron la virtud de inyectar fuerzas a la muchacha.

De un salto se puso en pie y, temblando de indignación y coraje, contestó:

—Es usted un ser despreciable, un patán con apariencia de caballero. Se ha ensañado ofendiéndome injustamente... ¡Y pensar que yo le había catalogado por encima de todos los demás!... Y...

Una nueva tempestad de sollozos estranguló su voz y, rabiosa consigo misma por su debilidad, salió dando un gran portazo.

Douglas pasó el resto del día sumido en un estado de ánimo lamentable.

Infinidad de veces revivió en su imaginación la escena de la mañana. El resultado de sus cavilaciones fue terminar lleno de confusiones y profundamente disgustado consigo mismo.

Mil veces se reprochó por haberse portado tan brusco con la muchacha. Aunque en realidad fuese una colaboracionista, con él se había portado magníficamente desviviéndose por curarlo.

Lauren tampoco volvió en todo el día. Varias veces le envió alimentos, pero lo hizo por medio de Alice Thor, otra de las muchachas que habitaban en la casa y con la cual Allison no había cruzado ni una sola frase.

Todas estas circunstancias le fueron excitando de tal manera que al llegar la noche estaba de un humor tan negro que ni la entrada de sus hombres consiguió arrancarle una sonrisa.

A la cabeza del grupo venía el alegre y pelirrojo Fadner, luciendo

una luminosa sonrisa y con las manos extendidas.

—¡Vamos, capitán; ya iba siendo hora de que te dejaras ver! Varias veces hemos intentado venir, pero la doctora tenía prohibido el paso a todo el mundo. Hemos tenido que conformarnos con las noticias que ella nos ha ido dando. No me extraña que tengas tan buen color de cara. ¡Con un médico así...!

—Déjate de bromas, Fadner—cortó abruptamente Allison.

El pelirrojo le miró desconcertado y, volviéndose a sus compañeros, encogióse de hombros, como dando a entender que no comprendía aquella explosión de mal humor.

—Tenemos una infinidad de noticias, capitán —habló reposadamente el gigantesco Vicens—. Este es el señor Harry Grahan, jefe del comité que se formó en Shanta para combatir a nuestros aprehensores.

El llamado Grahan apareció tras la mole humana que era Vicens y avanzó con la mano extendida hacia Douglas.

—Encantado de conocerle, señor Allison.

Los dos hombres se estrecharon las manos mientras sus ojos se estudiaban mutuamente.

—Debo perdonarme por no haber venido antes—se excusó Grahan. Pero no podía, dar este paso hasta tener noticias concretas sobre ustedes. Ya sabe... En estos casos hay que tener la certidumbre de que no se trata de colaboracionistas. Nuestros medios de información son lentos, debido a las dificultades y...

—No tiene que preocuparse, señor Grahan—le interrumpió Douglas al ver los apuros de su interlocutor—. Lo principal es que ya esté convencido de nuestras intenciones y, posiblemente, informado de nuestra misión. Ahora lo que se impone es actuar sin pérdida de tiempo. ¿Tiene alguna idea sobre la identidad de nuestros enemigos? No me refiero a los robots, sino a quienes los utilizaron contra nosotros.

—Tenemos una idea, como usted dice, pero es tan vaga, tan imprecisa que, en realidad, no sirve de gran cosa. Al principio creímos que todo venía de alguna potencia terrestre. Poco más tarde, cuando, la doctora Salkowa empezó a dar señales de actuar en contra nuestra, sospechamos que Rusia volvía a usar los mismos métodos del año mil novecientos y pico. Pero, con el transcurso del tiempo, llegamos a comprender que nuestros captores eran seres extra terrestres, más aún, que ni siquiera pertenecían a nuestro sistema planetario. Estamos en el año dos mil cuatrocientos. Nuestra civilización ha llegado muy lejos, pero no hasta el punto de poder fabricar esos robots idénticos a nosotros, aunque con un poder casi ilimitado. No, los seres que han

invadido Venus son de otros mundos diferentes a los nuestros. Estamos seguros de que no tienen forma humana y por ello es por lo que han construido estas máquinas.

—Sin embargo, estos robots se podrán inutilizar de alguna manera. Las máquinas siempre han sido dominadas por la inteligencia humana. Tenemos que averiguar cómo son dirigidas.

—De esto yo puedo darle una idea bastante aproximada—dijo Edgar Robinson—. Hace tiempo que en la tierra se viene estudiando la construcción de algo parecido. Hasta ahora las dificultades venían a la hora de darles la autonomía de que gozan éstos. Por lo visto, en algún mundo lo han conseguido y aquí tenemos los resultados. De todas formas, estoy seguro qué tiene que haber un sitio cercano desde donde se les dirige. De esto no cabe duda. Para inutilizarlos, necesitaríamos saber qué clase de servomando utilizan y las frecuencias de emisión. Lo demás sería fácil, si contábamos con los aparatos necesarios.

—Esa central debe ser el edificio que hay al extremo de la ciudad. Nosotros le llamamos la «Casa Negra», por creer que de allí nos vienen todas las desgracias. La doctora va mucho por allí...

—Deje a la doctora, señor Grahan. Nosotros iremos también y averiguaremos si ha acertado en sus suposiciones. En caso afirmativo... Raymond, tú que eres el más entendido en cuestiones electrónicas, ocúpate de hallar la forma de ir a esa casa. Mañana quiero los resultados.

—Pero eso es imposible, señor Allison. Tenga en cuenta que nadie puede salir de su sector, que no podrán esquivar la vigilancia de los robots. Esto se ha intentado en varias ocasiones y el resultado fue ir castigados al fondo de la mina. Ya sabe usted lo que esto supone,

—Si que lo sé, señor Grahan, pero esto no impedirá que nosotros intentemos ver lo que se encierra en la «Casa Negra». Y a propósito, ¿disponemos de alguna clase de armas?

—¿Quiere esto decir que va usted a obrar por su cuenta señor Allison?

—Quiere decir más, señor Grahan. Usted y su comité se van a quedar quietos hasta que yo salga de mi tentativa. Será preciso luchar desde la sombra. Nadie mejor que nosotros para esto. Fuimos especialmente adiestrados y creo que tenemos más posibilidades que ninguno de los hombres que puedan integrar su comité.

—Me gustaría, qué los alicaídos hombres del comité vieran su decisión. Aquí estamos todos desesperanzados y llenos de una, especie de apatía fatalista. Me alegro de que usted se quiera hacer cargo de todo. Nosotros le secundaremos 'en cuanto necesiten. Tenemos muy pocas armas, pero sí las suficientes para ustedes.

—Muy bien, señores. Creo que no tenemos nada más que hablar. Tú, Fadner, en compañía de Robinson, encargaos de averiguar qué sistema defensivo es el que tienen esos hombres artificiales y si hay forma de anularlo. Vicens, tú puedes ayudar a Raymond en su tarea.

Douglas se despidió brevemente de los cinco hombres y, tumbándose en la cama, se dispuso a poner en orden, la multitud de proyectos que bullían en su mente.

* * *

Eran las cuatro de la madrugada. En la casa reinaba un gran silencio, excepto Allison y sus hombres, los demás habitantes se hallaban entregados al descanso.

Douglas comprobó la hora en su reloj y, en voz baja, dijo:

—Faltan cuatro minutos para que el robot pase por aquí en su ronda.

Nadie le contestó.

Hacía rato que esperaban aquellas palabras que darían comienzo al trabajo que tan cuidadosamente habían proyectado.

En silencio se dirigieron hacía la puerta y, tras cerciorarse de que la luz no podía filtrarse al exterior Douglas iluminó la estancia.

Junto a la entrada había una puerta pequeña. El grupo se encaminó hacia ella y Douglas franqueó el paso, después de hurgar unos momentos en la cerradura.

El interior era un cuarto pequeño. En el centro había una máquina parecidas una dinamo de la que partían varios cables que iban a parar a una gran caja llena de conmutadores y aparatos de control.

Raymond echó un vistazo a la instalación de aquellos aparatos y, haciendo un gesto ambiguo, comentó:

—Como me suponía, es una turbina movida por energía nuclear. Creo que con un poco de trabajo la pondré en condiciones de ayudarnos. Ha sido una suerte que esos tunantes hayan hecho instalaciones autónomas para cada casa. Robinson, enciende ese candil; tendré que parar este chisme durante unos minutos y nos quedaremos sin luz.

Obedeció el aludido y, cuando la pequeña llama empezó a lucir parpadeante, el ingeniero sé acercó a la turbina y movió una palanca.

Inmediatamente cesó el leve zumbido que la turbina había estado emitiendo y todo quedó a oscuras.

Raymond extrajo un largo atornillador y, nerviosamente, dedicóse a extraer unos tornillos que sujetaban un largo y grueso cilindro de

metal.

Trabajaba de prisa, con movimientos rápidos y precisos, que indicaban su pericia.

Los demás le miraban hacer, anhelantes, y sin atreverse a respirar por miedo a distraerle. Sabían que se estaban jugando todas sus posibilidades a una carta y el tiempo estaba en su contra. Si el robot de vigilancia aparecía antes de que Raymond hubiese terminado su trabajo...

El ingeniero dejó caer el último tornillo y con una exclamación de intensa alegría levantó el cilindro metálico. Inmediatamente desenrosco una tapa ajustada en uno de sus extremos y extrajo una gruesa bobina.

—¡Hum! Tendremos que liarle bastante hilo a esto:—comentó, mirando unas cifras que había escritas en un extremo del carrete—. Vincent, trae el hilo.

Los minutos Volvieron a transcurrir llenos de tensión, mientras el ingeniero, ayudado de Vincent, se dedicaba febrilmente a liar el hilo de cobre.

Douglas miró su reloj, impaciente.

Quedaban nueve minutos para que apareciera el robot.

—¿Queda mucho todavía?—preguntó con un tono de voz que pretendió hacer indiferente.

—No, estamos dándole las últimas vueltas —contestó Raymond sin levantar la cabeza.

En efecto, unos minutos después, el joven cortó el hilo y miró su obra con aire crítico.

—Bien, esto ya está. Ahora vamos a colocarla y esperemos que dé buen resultado.

Cuando la turbina nuclear quedó nuevamente montada, Robinson aproximóse al cuadro de controles y movió un conmutador hacia abajo.

—Esto es para que las luces no estallen—aclaró—. El potencial eléctrico se ha centuplicado. Nosotros haremos aquí la conexión que nos interesa y aprovecharemos totalmente el fluido. Pese a esta precaución, creo que en el momento que se produzca el cortocircuito no quedará una lámpara sana en toda la casa.

Mientras hablaba, había liado las puntas de dos cables a otras tantas palancas.

Aquellos dos cables iban a reunirse a una barra de material plástico, de unos siete centímetros de largo, en cuyos extremos se ajustaban dos bolas de cobre.

—¿Crees que eso dará resultado?—preguntó Douglas.

—Seguro, capitán. El peligro está en aplicarlo. Pero creo que tendré la suficiente serenidad para hacerlo bien.

—Eso es trabajo mío, muchacho. Seré yo quien lo haga.

—Pero, Allison, soy yo quien ideó esto y...

—He dicho que seré yo, Raymond. Es una orden—concluyó Douglas con firmeza—. Soy el jefe y no puedo permitir que nos quedemos sin ingeniero. Nos harás mucha falta en lo sucesivo.

—Pero si usted muere—arguyó Raymond—, ¿quién dirigirá?

—¡Bah, tonterías! Vosotros sabréis salir adelante sin mí. ¡Vamos! Pon en marcha esa turbina, no tardará en llegar nuestro querido robot.

Los hombres abandonaron el cuarto de la turbina y fueron a sentarse en el comedor, de forma que fueran visibles desde la calle.

Douglas situóse tras la puerta de entrada, empuñando con fuerza el trozo de plástico que sujetaba las dos bolas de cobre.

—Si fallara esto—dijo Allison mostrando el aparato—, disparad sobre él hasta destruirlo. De esta manera, no podrá decir que vosotros estabais complicados en este asunto.

Los cuatro hombres le miraron en silencio.

Estaban emocionados.,

Su jefe sabía perfectamente que podía morir, que probablemente sería desintegrado y, sin embargó, olvidaba el peligro propio para ocuparse de lo que podía pasarles a ellos.

Lentamente transcurrieron los minutos.

De pronto, el silencio fue interrumpido por unos pasos acercándose.

Todos escucharon con la más viva ansiedad.

Aquellos pasos no podían pertenecer a, nadie más que al robot. Ninguna persona sería capaz de sincronizar tan bien sus movimientos.

A partir de aquel momento, pareció que habían perdido el juicio. Sin ningún motivo aparente, comenzaron a hablar y a reír fingiéndose beodos.

Los pasos en el exterior se hicieron presurosos. Después el robot apareció en el umbral.

Los cuatro terrestres arreciaron en sus risas, aparentando no haber observado la presencia de la máquina.

—¡Silencio! ¿Dónde está el encargado de ésta casa?—inquirió el hombre de acero, con su característica voz metálica.

El pelirrojo, Fadner enarboló una gruesa botella de whisky y

volvióse displicente hacia la puerta.

—Aquí no tenemos encargado, «Paquita chatarra» —insultó imitando la voz pastosa de un borracho—. Al amigo Tyler se lo llevaron de aquí. Eso es, precisamente, lo que estamos celebrando, ¡hip! ¿No, hip, no quieres echar un traguito con nosotros?

El robot comenzó a avanzar, pero, desconcertado por la extraña actitud de aquellos hombres, quedóse quieto. Quizá consultaba a su cerebro pisotrónico la conducta que debería seguir en aquél caso concreto. Estaba acostumbrado a que los hombres temblaran a su sola presencia, y ahora no comprendía el desparpajo y las risas del cuarteto.

Por su, parte, los terrestres, al ver que la máquina, lejos de entrar como ellos deseaban, se estaba quieta, empezaron a temer que sus sentidos, dotados de una agudeza muy por encima de la humana, hubieran advertido la trampa.

Durante una milésima de segundo cruzáronse miradas llenas de recelo. Los latidos de los corazones aceleraron su marcha y golpearon sordamente dentro de los pechos.

Si aquel ingenio del averno había sospechado algo, todo estaría perdido y, seguramente, pagarían con sus vidas la fallida intentona. Pero esto no sería lo peor. Lo terrible estaba en que los millares de terrestres esparcidos por toda la faz del planeta seguirían siendo esclavos de aquellos siniestros robots. No, no podían fallar —se dijo Fadner—. ¡Había que vencer!

De nuevo se volvió al robot y, de paso, echó una rápida mirada a Douglas, que permanecía tras la puerta, empuñando fieramente el extraño aparato.

—¡Maldito montón de chatarra! ¿Es que vas a estar ahí toda la noche molestándonos con tu asquerosa presencia? Entra a echar un trago o lárgate de una vez.

Los ojos del robot empezaron a cambiar de color. Poco a poco fueron adquiriendo un tono anaranjado, dando la sensación de que sus pupilas «e licuaban.

El cuarteto humano miraba absorto aquella misteriosa transformación. Empezaban a sentir un extraño desasosiego muy parecido al pánico.

—¿Qué horrible castigo estaba proyectando aquel diabólico cerebro?

Mientras tanto las dos bolas de fuego se removían dentro de las metálicas cuencas, produciendo extraños y misteriosos cabrilleos dorados, que no presagiaban nada bueno.

Philip Raymond comprendió que de no hacer algo, todo estaría perdido. Conocía lo suficiente de electrónica para comprender que el cerebro pisotrónico que tenían ante sí, se hallaba en plena actividad. Si no conseguían hacerle avanzar unos pasos, enseguida, antes de que la máquina tomara una decisión, estaban perdidos.

Con aire preocupado comenzó a levantarse.

Sus compañeros le imitaron.

Todos estaban pálidos y sus labios se apretaron con fuerza, como si quisieran contener la emoción que los embargaba.

El miedo habíase apoderado de ellos, miedo a desconocido, miedo a la inesperada reacción del robot. Pero, pese a ello, en sus rostros se veía un rictus decidido.

No cesarían en su empeño ni ante la misma muerte. El pánico era imposible evitarlo. No dependía de su voluntad. Era más fuerte que ellos mismos. Pero, en cambio, sus voluntades sí podían imponerse, haciendo que el temor huyera a los rincones más lejanos y apartados de sus espíritus.

Raymond empezó a retroceder lentamente halda la pared del fondo, seguido de los demás,

Retrocedían de espaldas y con los ojos clavados en los de la máquina, como si estuviesen hipnotizados.

Hasta aquel momento, el hombre artificial había permanecido quieto. Con esa quietud propia de las cosas muertas.

Ahora los corpúsculos dorados que se agitaban en el fondo de sus líquidas pupilas, tornáronse verdosas y, enseguida, dio el primer paso.

El esquelético Raymond frunció los labios en una mueca que pretendía ser una sonrisa y apresuró su retirada.

El robot también aceleró su avance.

Cuatro pasos le situaron junto al marco de la abierta puerta. El quinto le hizo rebasarla y el sexto…

El sexto no llegó a darlo.

Douglas apareció silenciosamente tras él y, con movimientos centelleantes, saltó sobre las espaldas de su enemigo.

Las piernas abrazaron las caderas, los pies se cruzaron ante el abdomen metálico y el brazo izquierdo rodeó el cuello en una presa indestructible.

Inmediatamente su brazo derecho se arqueó y, cuando el robot se detuvo sorprendido, las bolas de cobre que remataban el aparato que empuñaba el capitán de la «Z-2», se adaptaron con matemática precisión a cada uno de sus ojos.

Los cuatro terrestres, con las espaldas apoyadas contra la pared, contemplaron con pupilas dilatadas por el asombro el espectáculo más terrible y maravilloso, al mismo tiempo, que jamás persona humana presenció.

Las dos masas de cobre hicieron contacto con, las fosforescentes pupilas.

Inmediatamente, se produjo un terrible chasquido, seguido de un impresionante chisporroteo, que encendió la habitación en toda la gama de colores del arco iris.

El robot quedó quieto; las luces de la habitación estallaron con estruendo, pero otra luz, mil veces más potente, iluminó la terrible escena.

El esqueleto metálico de la máquina encendióse en un fuego verde brillante, que lució, hiriente, a través de la cobertura de plástico, durante un par de segundos.

Después, aquella luminaria cesó con la misma rapidez que había empezado y las tinieblas más densas se adueñaron de la habitación.

Los hombres se removieron, allí, junto a la pared, y lanzaron un profundo suspiro de alivio.

—Ya puede dejarlo, capitán—se oyó decir a Raymond—. Ese ya no dará más guerra..

Se oyeron pasos y roces en la oscuridad. Después, la voz de Fadner preguntó:

—¿Has desconectado el aparato, capitán?

—Sí, ya lo he quitado.

El pelirrojo encendió un mechero y, ayudado por Raymond, acopló una nueva lámpara.

Todos se acercaron curiosos al inanimado robot.

En sus rostros quedaban huellas bien visibles de las emociones que acababan de sufrir.

A Raymond le temblaban ligeramente las manos. Este detalle se hizo visible al extraer de un bolsillo el largo atornillador.

Douglas captó este detalle y, sonrió un tanto burlón.

Comprendía que el temblor del ingeniero no obedecía a otra causa que a la perspectiva de poder abrir aquella maravillosa máquina y examinar su interior. Para él había dejado de tener valor cualquier otra cosa. Miraba con ojos ilusionados aquel aparato, intentando descubrir la puerta que le daría acceso al mecanismo electrónico.

Media hora más tarde, el joven extrajo del metálico pecho un receptáculo de metal blanco y brillante que producía unos sonidos

parecidos a los de un aparato de transmitir morse.

—¡Ajá! Este es el «yo» de nuestro amigo—exclamó satisfecho.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Fadner, mirando al ingeniero como si se hubiese vuelto loco.

—Quiero decir que esta pequeña caja es la que le daba personalidad al robot. Por medio de estas señales que emite se identifica con la central y con sus congéneres.

—¿Crees que nos servirá eso para nuestros proyectos?

—Seguro, capitán—repuso Raymond plenamente convencido—. Los demás robots tendrán un registro parecido a éste. Por medio de la identificación de frecuencias pueden reconocerse entre sí. La central debe emitir en claves diferentes para cada uno. ¡Ah, capitán! Si tuviera los aparatos necesarios, podría estudiar, esta caja a fondo y descubriría la forma de inutilizar a todas las máquinas que hay en este planeta, a

— ¡Diablos! — saltó el impulsivo Fadner — ¿Quieres decir que por medio de esa ruidosa lata de sardinas, serías capaz de convertir en fríos cadáveres a toda la horda de robots que hay en Venus?

—Sí. Eso he querido decir, Fadner.

—Y eso es lo que vamos a hacer—afirmó rotundo Douglas—. ¡Muchachos! En la «Casa Negra» deben existir todos esos aparatos que necesita Raymond. Ya tenemos el medio de llegas hasta allí. Con este aparato pasaremos sin peligro por delante de los vigilantes mecánicos sin que nos molesten. Creerán que es su hermano gemelo el que nos guía.

—Creo que antes de marcharnos, deberíamos esconder este robot —observó Vincent.

—De acuerdo—asintió Allison—. Vamos a meterlo en el cuarto de la turbina y nos marcha remos enseguida. Quiero que lleguemos a esa misteriosa casa antes de que amanezca.

CAPÍTULO V

Como había predicho Raymond, no fueron molestados por los robots que hacían la vigilancia en los sectores que habían ido atravesando.

Ahora, los cinco hombres se encontraban en el comienzo de la llanura que circundaba la ciudad, y a menos de un kilómetro, se recortaba en el cielo, la imponente mole de la «Casa Negra».

—Allí tenemos nuestro objetivo—señaló Douglas con la mano—. Si nos damos un poco de prisa, llegaremos a él con las primeras luces del alba.

Bastó aquella ligera indicación para que todos apresuraran el paso.

Poco después llegaron ante la enorme puerta y, ante el asombro de todos se abrió silenciosamente.

—¡Hum! Estas facilidades no me dan buena espina, capitán—arguyó el parlanchín Fadner.

—A mí tampoco—contestó tenso Allison, mientras extraía rápidamente la pistola exicotrónica que llevaba en la cintura y oteaba las densas sombras que había tras la puerta. Después, agregó—: Seguiremos adelante. Empuñad las armas y al menor síntoma de peligro disparad, aunque teniendo la precaución de poner el potenciómetro a uno, a fin de no desintegrar la casa y lo que contiene. Para nosotros es vital apoderamos de este edificio sin destruirlo.

—Creo que no hay motivo para alarmarse dijo Raymond—. Cuando vinimos aquí por primera vez, observé que la puerta se abrió al acercarse el robot que nos conducía. Es seguro que debe existir un dispositivo sensible a las ondas de los aparatos de identificación que llevan los hombres artificiales. Como nosotros llevamos uno, el dispositivo ha funcionado y por control remoto ha hecho que se abra la puerta.

—Creo que estás en lo cierto—convino Egdar Robinson que, por ser técnico en radar, comprendió perfectamente la somera explicación de Raymond.

Douglas hizo una señal a sus hombres para que esperasen y, sacando una diminuta lámpara de su bolsillo, se introdujo en el zaguán, adoptando algunas precauciones.

Todo estaba vacío y silencioso. Allison recorrió toda la pieza con el haz luminoso de su linterna, y cuando se convenció de que no había nadie, hizo una indicación a los demás para que se acercaran,

Los cuatro hombres llegaron ante la puerta y, en aquel momento, lleváronse un nuevo sobresalto.

En alguna parte ignorada oyóse un leve chasquido y una potente luz iluminó profusamente la estancia.

—El alma de nuestro robot sigue velando por nosotros—comentó Fadner con una sonrisa de circunstancias.

—Raymond, ¿en qué parte de la casa crees que estará instalada esa maquinaria que mueve a los robots?

—No tengo ni idea, Allison. Por las dimensiones que debe tener, presumo que se encontrará en la planta baja o bien en el sótano, si lo hay.

—Eso mismo me figuraba yo. Empezaremos por registrar todo esto y, si no damos con lo que nos interesa, al menos encontraremos la entrada de ese supuesto sótano.

Ante ellos se abría un largo corredor con puertas a ambos lados.

Pistola en mano, las fueron abriendo una tras otra. Raymond echaba un rápido vistazo al interior y, al comprobar que lo buscado no estaba allí, seguía hacia adelante.

La impaciencia de los terrestres crecía por momentos. Sabían que en algún sitio de aquella casa se estaría produciendo la alarma, por la destrucción del robot. Si no se apresuraban, el enemigo descubriría lo sucedido y los destruiría antes de que pudieran conseguir ningún resultado práctico.

Al fin, cuando habían recorrido un verdadero laberinto de corredores, Douglas paróse ante una puerta y escuchó con atención.

Inmediatamente indicó a sus hombres que se aproximaran sin hacer ruido.

Con el corazón latiendo apresuradamente, se agruparon ante la puerta.

En el interior de la habitación se oían algunos ruidos, como si alguien removiera algunos muebles.

Allison indicó por señas a Vincent y a Egdar que se situaran a ambos lados de la puerta y, por señas también hizo comprender a los otros dos que se prepararan a seguirle.

En todos los rostros había una fiera determinación y las manos empuñaban con fuerza las terribles pistolas exicotrónicas, decididos a utilizarlas a la más ligera señal de peligro.

El capitán de la «Z-2» retrocedió unos pasos, inspiró fuertemente y, tomando impulso, se lanzó contra la hoja de madera.

El impacto fue terrible.

Se oyó un gran estruendo de tablas astillándose y Douglas irrumpió en la estancia con la misma velocidad de un proyectil.

Raymond y el pelirrojo saltaron tras él y, antes de que sus pies tocaran el suelo, ya estaban rodando en direcciones opuestas, a fin de escapar a los disparos de un posible enemigo y parapetarse tras algún mueble.

Evidentemente, todo este bien combinado asalto resultó perfectamente inútil.

En el interior de la amplia habitación no había más que dos mujeres, como enseguida pudieron comprobar.

Las dos se encontraban inclinadas ante un mueble archivador en el que habían estado hurgando. Ahora, se habían vuelto enfundadas en trajes al estilo terrestre.

Sus rostros estaban ocultos por sendas máscaras construidas con un material verde brillante.

A la altura de los ojos, adaptábanse dos placas redondas muy parecidas a los cristales de unas gafas, pero aquello no eran cristales. Tenían una superficie plateada y refractaban vivamente los rayos luminosos.

En cuanto a la boca, nariz y oídos, la extraña máscara llevaba adaptados unos dispositivos parecidos a auriculares conectados por medio de finos cables a una antena situada en la parte superior de la cabeza.

Los ojos de Douglas estudiaron todos estos detalles en un segundo y se dirigieron al centro de la habitación.

Allí había una gran mesa, cuyo tablero liso y pulimentado

sustentaba una infinidad de aparatos de índole electrónica.

Tras la mesa, un extraño sillón giratorio, que inmediatamente llamó la atención al capitán de la «Z-2».

En efecto, aquel sillón estaba balanceándose, como si alguien acabara de abandonarlo.

Pero en la habitación no había nadie, excepto las dos mujeres.

De esto se convenció Douglas girando la vista con rapidez.

—No, no entréis—ordenó Allison perentoriamente, a los dos hombres que había dejado fuera—. Aquí hay algo que no me gus...

La frase quedó sin terminar.

Una de las dos mujeres, la más alta, le había estado haciendo vehementes señales para que salieran de la pieza. Allison no le había prestado demasiada atención a esta circunstancia, pero, ahora sintió que sus cabellos se erizaban y que sus piernas le temblaban violentamente.

Uno de los cajones de la mesa habíase abierto solo, y de él surgió, como por arte de magia, un tubo largo y brillante que le apuntó directamente al pecho.

Douglas no entendía aquello. No podía entenderlo. Su mente estaba cerrada a toda idea. Eran demasiados los misterios que en la «Casa Negra» surgían a cada paso.

Sin embargo, un sexto sentido le previno que aquel tubo era algo temible, un peligro latente y mortal.

Sin saber exactamente la razón de sus movimientos, saltó de costado y luego se arrojó al suelo.

La rapidez de sus movimientos le salvó de algo tan incomprensible y misterioso como todo lo que estaba sucediendo.

Del tubo que le había estado apuntando, salió un leve destello violeta. Fue un brevísimo parpadeo. Algo tan breve que sus ojos apenas lo captaron. Sin embargo, bastó para que el muro que había tenido Allison tras él, desapareciera.

Todo había sucedido en una pequeñísima fracción de segundo y sin que el silencio fuese alterado.

Simplemente, el muro que había estado allí una milésima de segundo antes, ya no estaba.

—¿Dónde fue a parar?

Douglas no tuvo tiempo de averiguarlo.

La mujer que le había estado haciendo señas, precipitóse sobre el fatídico tubo y su mano derecha se engarfió, desesperadamente, sobre algo que había detrás.

Una terrible lucha se entabló entre la enmascarada y lo desconocido.

Los hombres de la «Z-2» agrupáronse en torno a su jefe.

Todos estaban pálidos y desconcertados. Entre sus manos estaban las pistolas exicotrónicas, aquellas terribles armas capaces de desintegrar en una fracción de segundo el edificio. Ninguno había hecho mención de dispararlas. ¿Para qué? ¿Contra qué enemigo dirigirlas?

Delante de ellos sólo había una mujer asustada y encogida junto al archivador y la otra que era zarandeada con terrible violencia por algo que no conseguía ver.

Se veía que la mujer luchaba furiosamente intentando evitar que el tubo de metal fuera dirigido contra el grupo. Sus dos manos cerraban con tal desesperación, que los nudillos blanqueaban bajo la piel.

Tampoco había duda de que entre aquellas manos había algo, pues se veía un hueco de unos ocho centímetros de diámetro entre las palmas y los dedos.

De pronto el cuerpo de la mujer quedó envarado. Ya no avanzaba ni retrocedía. Sus pies habían quedado fijos en el suelo. Su cuerpo irguióse tembloroso en toda su estatura y comenzó a mover la cabeza a un lado y a otro con terrible desesperación.

Luego, su mano izquierda abandonó la invisible presa y con los dedos engarfiados intentó arrancar algo de su garganta.

El grupo de hombres contemplaban la terrorífica escena sin atreverse ni a respirar.

Con ojos dilatados, seguían aquella extraña lucha, mientras sus cuerpos transpiraban copiosamente.

La desconocida estaba llegando al límite de sus fuerzas. Se le notaba en la lentitud de sus movimientos y en su respiración fatigosa, pero lo más incomprensible de todo era que su garganta adelgazábase sin cesar a medida que su cuerpo era sacudido espasmódicamente.

Lentamente el tubo empezó a dirigirse hacia los terrestres. Poco a poco, iba venciendo la resistencia que la mano femenina intentaba oponerle. En aquel momento la mujer dio una brusca sacudida y un nuevo parpadeo brilló en la boca del arma.

La mujer que estaba junto al archivador dio un terrible salto y se precipitó entre los cinco hombres.

Parte de sus vestidos habían desaparecido. En cuanto al mueble junto al cual había permanecido, desapareció con la misma prontitud que el trozo de muro.

Sin embargo, esta circunstancia hizo reaccionar a la joven. Con nerviosos movimientos arrancó la máscara que le cubría y alargando los brazos se la puso a Douglas Allison.

CAPÍTULO VI

L[image]

auren. ¿Qué haces tú aquí? — preguntó Fadner asombrado.

La muchacha echó una mirada llena de desesperación al recién enmascarado Allison y, sollozando entrecortadamente, se precipitó en los brazos del pelirrojo.

—¡Oh, Mike! ¡Es horrible! ¡La doctora...!

—¿Qué dices de la doctora?

—¡El monstruo! ¡La va a estrangular!

—Pero, ¿de qué monstruo estás hablando? ¿Dónde está la doctora?—apremió Fadner acariciando los rubios cabellos.

La joven levantó el brazo y señaló en dirección a la otra mujer.

Justamente, en aquel momento, Douglas estaba saliendo de la extraña parálisis que le había acometido al ponerle Lauren la máscara y se precipitaba hacia adelante a toda velocidad.

Los desconcertados terrestres vieron cómo su jefe llegaba junto a la mujer y, extendiendo la mano izquierda, retorcía algo con extremada furia. Inmediatamente el peligroso tubo de metal cayó al suelo y Allison le dio una patada, enviándolo contra una pared. Enseguida, la pesada pistola exicotrónica cayó con extraordinaria fuerza hacia abajo y al chocar contra algo, se detuvo bruscamente, con ruido sordo, como si hubiese tropezado con algo sólido.

A partir de aquel momento, el capitán de la «Z-2» pareció que se volvía loco.

Una y otra vez su brazo armado descendió golpeando fieramente.

En uno de aquellos golpes, la mujer salió despedida y cayó al suelo, donde quedó inmóvil. Entonces, Douglas levantó nuevamente la pistola y, reuniendo sus últimas energías, descargó un escalofriante culatazo. Se oyó ruido de algo al romperse y un segundo después alguna cosa se derrumbó en el suelo con sordo ruido.

Douglas inspiró fuerte, y quitándose la máscara, arrodillóse junto a la mujer caída,

—Es la doctora Salkowa—dijo—. Estaba a punto de ser estrangulada.

Lauren corrió hacia la muchacha y, quitándole la careta, buscó ansiosamente alguna señal de vida en las descompuestas facciones de Katherine.

—¡Vive!—exclamó llena de alegría.

Los hombres de la «Z-2» se acercaron al grupo y, aunque no comprendían nada de lo que estaba sucediendo, ocupáronse en atender a la inanimada joven.

—Haría falta un médico—dijo Vincens—. Su estado es demasiado grave y...

Lauren abandonó la habitación corriendo y a los pocos minutos regresó con dos hombres de avanzada edad.

Uno de ellos se acercó rápidamente a la joven y la pulsó con ansiedad. Sus ojos, entretanto, clavábanse horrorizados en las terribles marcas rojizas que la muchacha presentaba en el cuello. Luego, su rostro se tranquilizó un tanto y, con un suspiro de satisfacción, exclamó:

—Creo que podremos salvarla. Señor Flanagan, ayúdeme. La trasladaremos al laboratorio.

—¿Ha dicho Flanagan?—asombróse Fadner.

A su pregunta no contestó nadie.

—Yo mismo la llevaré—ofrecióse Allison, cogiendo a la chica en brazos con la misma facilidad que si fuese una criatura.

Precedido por los dos hombres y Lauren, condujo a Katherine a una especie de laboratorio y la depositó sobre una gran mesa.

—Ahora, si no le molesta, haga el favor de salir; su presencia aquí...

—Pero es que yo...

—No se preocupe, señor. Katherine queda en buenas manos. Es mi hija.

—¿Su hija?—asombróse Douglas—. No sabía... Pero, en fin, atiéndala ahora y ya me explicará después.

Durante su ausencia, Fadner se había puesto una de las máscaras y, cuando pudo recobrarse del espanto y asombro que le acometió, indicó a sus compañeros que le imitaran.

En todos se operó la misma reacción, Al quitarse las caretas, sus facciones estaban pálidas y profundamente descompuestas. Sus ojos reflejaban un vivo terror mezclado con una infinita expresión de repugnancia.

«Aquello» que yacía sobre el suelo, en el sitio donde la doctora y Allison se habían debatido, era la cosa más horrible y repugnante que ningún ojo humano contempló jamás.

Tenía la forma de un enorme puro. De su extremo inferior brotaban a modo de cuatro patas, terminadas en una especie de palmetas membranosas, que hacían las veces de pies.

Un poco más arriba de la mitad del cuerpo, nacían otros cuatro miembros largos y flexibles, parecidos a los tentáculos de un enorme pulpo. Pero, a diferencia de éstos, la materia que los formaba, tenía una apariencia coriácea. Aquellos tentáculos terminaban en unos

ensanchamientos membranosos de forma lanceolada y su vértice estaba armado por una enorme uña corva, a modo de gancho de romana.

El monstruo no tenía cabeza. Por encima de aquella especie de brazos, veíase un largo y corvo pico, color marrón, rodeado de largas vellosidades verdosas. Sobre él, y en ambos extremos del cuerpo fusiforme, sobresalían dos largas y fuertes antenas rematadas en unas esferas de un azul brillante con vetas rojas.

En cuanto al color, era una mezcla de verde y rojo tan repugnante, que sólo su vista producía nauseas.

El monstruo debía estar muerto. La careta que debió tener puesta se hallaba reducida a pequeños trozos y en la parte superior, entre las dos antenas, presentaba una profunda abolladura de la que manaba una especie de líquido pastoso, que formaba un pequeño charco blancuzco.

—¡Diablos! ¿Qué clase de bicho es éste?—preguntó Fadner tragando saliva con dificultad.

—En todo caso, es un bicho que habla, piensa y sabe utilizar un arma—dijo Douglas entrando—. Cuando estaba luchando con él, me dirigió las peores amenazas y, en cuanto a lo otro, ya habéis visto cómo manejaba aquel tubo.

—¿Dice usted que habla, capitán?—preguntó Vincens en el colmo del estupor—. Nosotros no oímos nada.

—No me extraña, Vincens. Por alguna razón que desconocemos aún, estos seres resultan invisibles para nuestros ojos. En cuanto a su voz, creo que nuestros oídos no la captan debido a que su garganta produce los sonidos con velocidades ultrasónicas. Pero esto ya lo aclararemos. Ahora lo que urge es encontrar ese cerebro electrónico e inutilizarlo. Temo que los robots nos ataquen de un momento a otro.

—Precisamente venía a prevenirles_ de esta contingencia—dijo el padre de Katherine desde la puerta—. No tardarán más de veinte minutos en presentarse aquí todos los robots de Shanta. Permítanme que me presente. Soy el profesor Salkowa, Nicolás Salkowa. Mi especialidad es la medicina.

Douglas presentóse a sí mismo y, a continuación, fue nombrando a sus hombres.

—Creo, capitán, que han hecho una locura al asaltar esta casa. Su acción costará miles de vidas terrestres y empeorará las cosas hasta extremos insospechados. Pero no perdamos tiempo. Síganme. Yo los conduciré a donde esté ese cerebro electrónico que buscan y también podrán proveerse de armas mucho más eficaces que ésas—indicó las pistolas exicotrónicas que los cinco hombres tenían en las manos—.

Estoy seguro de que todo será perfectamente inútil, pero, morir por morir, es preferible que sea luchando.

—No me gusta su forma de hablar, profesor. Parece como si quisiera desmoralizarnos y esto me recuerda ciertas acciones de su hija—Allison hizo una pausa y agregó con dureza—Usted colabora también con esos repugnantes seres, ¿no?

—No del modo que usted se figura, señor Allison. Y en cuanto a mi hija, recuerde que estuvo a punto de morir por salvarles. Sí, ha sido demasiado impetuosa.

—¿Pretende insinuar que debió dejarnos morir?

—Sí. De esta manera sólo hubieran sido ustedes los perjudicados. Ahora, morirán ustedes, nosotros y, lo que es peor, la totalidad de los colonos que habitan este planeta. Ha destrozado usted todos mis planes. Unos planes que, a mi hija y a mí, nos han costado años de inmensos sacrificios. Nosotros hubiésemos librado a Venus de estos seres, pero ahora...

—¿Cómo está su hija, profesor? — inquirió Douglas con verdadero interés. Empezaba a comprender que había sufrido una lamentable equivocación al juzgar a aquellas dos personas y, en lo más profundo de su corazón, deseaba reparar el error.

—Pronto se repondrá... de esto; de lo demás, a usted le concierne librarla, a ella y a todos en general.

—De eso puede estar seguro, profesor. Les daremos la batalla a esas máquinas y a lo que haya tras ellas. Por favor, llévenos cuanto antes ante ese cerebro.

—¡Vamos!, pero llévense esas caretas, les harán falta.

Los hombres de la «Z-2» fueron guiados a través de una serie de habitaciones y luego descendieron en una especie de ascensor. Al final, se encontraron en una imponente nave de techo alto y perfectamente iluminada.

Adosados a las paredes, había infinidad de aparatos y pantallas.

El profesor se dirigió rectamente a una enorme caja y dijo:

—He aquí lo que ustedes buscaban. Esa serie de cuadritos corresponden cada uno a un robot. Como verán, están numerados y son doscientos cuarenta los que hay. En cuanto a esa pantalla —indicó una extensa superficie situada sobre el aparato y en la que se movían infinidad de puntos luminosos—, refleja la ciudad de Shanta. Vean.

El profesor oprimió un conmutador y cuando la pantalla se hubo iluminado, apareció la ciudad de Shanta ante los asombrados ojos de los terrestres. Pero su asombro se vio turbado por el más vivo sobresalto.

Una turba de robots estaba saliendo de la ciudad y se dirigían rápidamente hacia la «Casa Negra».

No tardarían ni diez minutos en llegar.

—¿Hay alguna forma de detener a esas máquinas, profesor?

—Normalmente la hay, capitán Allison, pero en este momento, no. La alarma ha trascendido a la central general y todos estos aparatos son perfectamente inútiles, Están interferenciados.

— No importa, nos defenderemos — aseguró Douglas con entereza—. Ya verá cómo ganamos la batalla, profesor.

—Suponiendo que así fuese, capitán, no se haga demasiadas ilusiones. Ya le he dicho que la alarma está dada. De cualquier parte del planeta pueden enviarnos la muerte en menos de una diezmilésima de segundo.

Douglas quedó pensativo un momento; enseguida volvióse a Raymond y le dijo:

—Quédate aquí con Robinson y estudiad el partido que se puede sacar de toda esta chatarra—señaló a los aparatos—. Los demás venid conmigo. Nos ocuparemos de contener a los robots. ¡Vamos!

CAPÍTULO VII

L[image]

os robots marcharon en grupo hasta una distancia de quinientos metros de la «Casa Negra». Al llegar aquí, se disgregaron en parejas que marcharon en diferentes direcciones, como un ejército dispuesto a tomar una posición al asalto.

Douglas vio esta maniobra y perdió la esperanza de destruirlos en masa. Ahora tendrían que cazarlos uno a uno y esto costaría un tiempo precioso. Un tiempo que podría serles fatal.

Todos los terrestres, incluso la doctora, repuesta ya de su desmayo, habíanse situado en una especie de terraza que había en la parte superior de la «Casa Negra».

Allí habían subido precipitadamente unos largos tubos, parecidos al que el monstruo había disparado contra Douglas.

Según había explicado el profesor, estos tubos disparaban una clase de rayos del grupo de los cósmicos, cuyo poder destructivo era enorme. También les explicó el padre de Katherine, que los robots no

tenían más armas defensivas que los rayos paralizantes que emitían por los ojos. Estos rayos podían transformarse en desintegradores, pero, de todas formas, no podían disparar con efectividad a más de cincuenta metros de distancia, ya que las máquinas habían sido proyectadas únicamente para hacer las veces de policías.

—¿Qué intentarán ahora, profesor?

—No sé. Parece que intentan cercamos. Quizá, su única misión es tenemos aquí inmovilizados hasta que vengan refuerzos.

Pero en esto se equivocaba el profesor.

Los robots siguieron avanzando impertérritos.

Douglas esperó a que estuvieran a cien metros y cuando creyó que no podrían retroceder antes de ser destruidos, ordenó:

—¡Ahora, muchachos! ¡Duro con ellos!

Los largos tubos emitieron violáceos parpadeos.

Varias máquinas desaparecieron como por encanto.

—No dejéis de disparar—animó Douglas—. Es preciso destruirlos a todos.

Esta recomendación resultaba innecesaria. Todos, incluyendo a las dos mujeres, dedicábanse con el mayor entusiasmo a cazar a los hombres metálicos.

Los tubos buscaban ansiosos un objetivo y, cuando lo tenían delante, vomitaban el destructivo haz de rayos.

El enemigo fue diezmado en contados minutos.

De los cuarenta robots que iniciaron el ataque, apenas diez o doce quedaban en pie.

La doctora enfiló a uno con su arma y disparó rápidamente.

Sin embargo debió fallar, ya que la máquina siguió su avance imperturbable.

Douglas sonrió ante el azoramiento de la muchacha y dijo:

—Ha fallado usted, doctora, vuelva a disparar.

La muchacha obedeció prontamente, pero sus disparos no produjeron ningún efecto.

De una manera inexplicable, aquellos tubos habían dejado de ser eficaces. Quizá habían disparado toda su carga.

El capitán de «Z-2» arrojó el tubo que tenía entre las manos y extrajo de la cintura la pistola exicotrónica.

En aquel momento, uno de los robots, el más avanzado, estaba llegando a la puerta de la casa.

El joven apuntó brevemente y disparó.

El arma lanzó un penetrante silbido y de su boca partió un dardo de fuego.

Pero las sorpresas habían empezado de nuevo.

El brillante rayo marchó directo hacia el robot y cuando estuvo a un metro, se le vio detenerse, produciendo una intensa y deslumbradora llamarada, que cegó a todos durante un segundo.

— ¡Diablos! Perdón, doctora. Quise decir... Bueno, quise decir que esa máquina tenía que haberse desintegrado. Di la máxima potencia al disparo y he ahí que el robot sigue avanzando tan tranquilo.

No era aquel el único que se había hecho insensible al poder destructivo de las armas.

Los once supervivientes se habían reunido nuevamente y marchaban con toda rapidez hacia la casa.

Los terrestres se miraron con inquietud.

Para colmo de desdichas, Robinson se acercó y con voz ahogada por la emoción, dijo:

—Capitán, no hemos podido deshacer la interferencia. Raymond cree que han cambiado el registro de los robots y por lo tanto sus servomecanismos no son sensibles a la antigua frecuencia...

—Todo eso me parece muy bien—interrumpió Douglas malhumorado—. Pero, ¿por qué nuestras armas han perdido su eficacia? Á1 principio dieron un magnífico resultado y...

—Dice Raymond que están siendo protegidos por campos electrostáticos. Por lo visto, es resistente incluso a las explosiones nucleares y a todas las radiaciones. Es lo que detuvo a la «Z-2» en pleno espacio combatiendo con pleno éxito la potencia de nuestros motores.

—¿Entonces no hay forma de destruir esas endiabladas máquinas? ¡Infiernos! ¿Es que van a poder esos artefactos más que nosotros?

El pelirrojo Fadner acercóse al grupo y tras un momento de duda, arguyó:

—Capitán, yo creo que si es una cortina...., por detrás...

—Tienes razón, Fadner. Vosotros podéis seguir entreteniéndolos desde aquí. Yo saldré al exterior y comprobaré si por las espaldas son tan invulnerables como de frente.

—Te acompaño, Allison—resolvió Fadner.

Douglas fue a negarse, pero pensándolo mejor concedió:

—Está bien. ¡Vamos! Saldremos por una de las ventanas que hay

en la fachada posterior,

—Recojamos antes algunas armas más potentes que estos tubos, capitán — dijo Fadner—. Antes vi unos tubos lanza-granadas que me parecieron de perlas para esta empresa.

Los dos hombres se dirigieron nuevamente a los sótanos de la casa y, cuando se hubieron pertrechado convenientemente, dispusiéronse a realizar la proyectada salida.

Douglas asomó la cabeza por un gran ventanal y exploró atentamente el terreno.

—Por aquí no se ve a nadie, salgamos.

De un salto situáronse en el exterior y, pegados a la fachada, tomaron direcciones opuestas, a fin de rodear el edificio, cada uno por su lado.

Cuando Douglas llegó al ángulo de la fachada principal, tendióse en el suelo y, asomando la cabeza, comprobó la situación del enemigo.

Los once robots estaban a unos diez metros de la puerta. Marchaban tranquilamente, sin demostrar ninguna clase de temor, pese a la lluvia de disparos que ininterrumpida caía sobre ellos.

El capitán de la «Z-2» contempló el fascinante espectáculo que ofrecían aquellas máquinas, marchando imperturbables, entre una tempestad de rayos que se deshacían con estremecedores chasquidos al impactar con el campo electrostático. Tanta era la potencia lumínica de los rayos, que anulaban la luz solar.

En efecto. Durante los breves intervalos de las explosiones, todo quedaba sumido en densas tinieblas.

El joven esperó con impaciencia el momento oportuno.

Este se presentó cuando los robots llegaron ante la puerta.

Entonces, Douglas se puso en pie y corrió hacia adelante, pretendiendo situarse a espaldas de sus enemigos.

Fadner hizo lo propio. Los dos marcharon en línea oblicua. Se juntaron a sesenta metros de la fachada principal, donde los hombres mecánicos seguían ocupados con la puerta.

Inmediatamente, dieron media vuelta.

Los robots no habían advertido la maniobra. Sus ojos electrónicos no tenían la misma facultad que los humanos para ver en sentido oblicuo.

En aquel preciso instante aunaban sus esfuerzos contra la medio astillada puerta.

El momento era decisivo.

Fadner extrajo varias granadas y las fue apilando ante sí.

Inmediatamente, tomó una y adaptándola a la boca del lanza-granadas, comentó:

—Cuando quieras empezamos la función, Allison. Estoy deseando ver el efecto que les producen estas «piñas» a nuestros «amigos».

—Empezaremos ahora mismo—respondió Douglas terminando de encajar una bomba en su tubo—. Pero tenemos que proceder con mucha rapidez. Si les damos tiempo a reaccionar, estaremos perdidos.

Las dos primeras granadas partieron con imponente silbido.

Los dos disparos alcanzaron con matemática exactitud sus objetivos en el centro de las espaldas.

Se produjo una horrísona explosión.

Una blanca y deslumbrante llamarada envolvió todo el grupo de robots durante una fracción de segundo, y una imponente nube de humo y polvo ocultó el dantesco cuadro.

Los dos hombres se miraron llenos de consternación.

—¡Dios mío! ¡Hemos volado la casa, Fadner! ¿Qué habrá sido de nuestros amigos.

El pelirrojo no tuvo alientos para contestar a la pregunta de su jefe. Estaba pálido y una angustia mortal atenazaba su espíritu. Se consideraba culpable de aquel desastre, ya que él fue quien recomendó el uso de aquellas armas desconocidas.

Impulsivamente se levantó y fue corriendo hacia el polvoriento remolino.

Douglas le siguió lleno de ansiedad.

Sin embargo, los temores que abrigaban eran totalmente infundados. Esto, y otras cosas, lo comprendieron cuando ya era demasiado tarde.

Un golpe de brisa barrió la polvorienta cortina, y los dos hombres sintieron la sensación de que sus pies se clavaban en el suelo.

Las explosiones no habían hecho más que destruir la capa superficial de la fachada.

Los robots habían sufrido un grave castigo. De los once, nueve habían sido totalmente destruidos, pero había dos supervivientes.

Estaban a menos de veinte metros de los dos hombres y éstos se encontraban totalmente desarmados.

Al correr hacia la casa, se habían olvidado de lar armas y esta circunstancia les ponía ante sus enemigos, totalmente indefensos.

Los dos amigos miraron desesperadamente a su alrededor, pero sus ansiosas miradas no pudieron descubrir nada que les pudiera prestar la menor ayuda. El suelo era completamente llano y, en cuanto

a los defensores de la casa, no se veía el menor rastro de ellos.

La terrible fuerza expansiva de las explosiones debió arrancarlos de los parapetos que habían formado junto a la balaustrada que hacía las veces de baranda.

Nadie podía prestarles ayuda.

Sus destinos no tardarían en ser trazados por los rayos que en breve brotarían de los ojos de aquellas máquinas infernales.

CAPÍTULO VIII

Cómo van las cosas por arriba, Egdar?—preguntó Raymond sin dejar de trabajar febrilmente.

—Mal, muy mal. Los robots estaban intentando forzar la puerta cuando yo bajaba. Allison y Fadner han salido a ver si pueden sorprenderles por detrás. Ese maldito campo electrostático... ¿No habrá ninguna forma de anularlo, Raymond?

El ingeniero limpióse de un manotazo el abundante sudor que le bañaba el rostro y moviendo la cabeza, aceleró sus movimientos.

Se hallaba rodeado por una infinidad de piezas y trozos de cable que había ido quitando del interior de un enorme aparato. De vez en cuando, removía aquel informe montón de chatarra y, al no encontrar rápidamente lo que buscaba, soltaba un reniego.

—No puedo ir más aprisa, Robinson—exclamó desesperado, mientras apretaba un tornillo—. Este maldito trasto no ha sido utilizado desde hace años. No me explico cómo estaba aquí. Lo tenían completamente arrumbado en aquel rincón.

—¿No podría ayudarte en algo...?

—No. Lo que puedes hacer es reconocer ese ultra radar y ver si le podemos sacar algún partido.

Robinson dirigióse hacia el aparato mencionado y lo puso en funcionamiento. En la parte superior haba una enorme pantalla graduada con varias escalas, que se iluminó al instante con luz verdosa.

El joven examinó el inmenso paisaje que aparecía allí reflejado y, en seguida, frunció el entrecejo.

Por diferentes puntos, avanzaba una multitud de sombras en dirección a la «Casa Negra».

Aquello le intrigó sobremanera. Al principio se había acercado al ultra radar por distraer su impaciencia, pero ahora, concentró toda su atención en aquellos misteriosos puntos que se acercaban veloces.

Nerviosamente manipuló en los mandos, dándole toda la potencia al aparato.

La enorme pantalla iluminóse por completo y los puntitos que habían atraído su atención, se fueron transformando en aquella

especie de coches que los robots utilizaban en Shanta para trasladar a los terrestres a la mina.

Los vehículos venían a una velocidad endiablada y Robinson no tardó en advertir que transportaban un imponente cargamento de robots.

Por medio de las escalas fue comprobando que los más cercanos se hallaban a una distancia de cien kilómetros y que su velocidad era de ciento veinte o ciento treinta kilómetros por hora.

Sin embargo, empalideció al observar en un extremo de la pantalla las sombras características de dos astronaves.

Estas se hallaban muy lejos aún, pero dada su enorme velocidad, no tardarían en representar un peligro inmenso. Un peligro del cual no podrían escapar. Un solo proyectil de aquellas naves destruiría en fracciones de segundo, no sólo la «Casa Negra» sino también a Shanta.

Todo quedaría reducido a polvo. La destrucción sería total y la muerte y la desolación más terrible se adueñaría de aquella parte del planeta. Había que impedirlo a toda costa. Pero ¿cómo?

Raymond se había acercado a su compañero y también miraba el nuevo peligro que se les avecinaba.

—Quizá nos dé tiempo a reparar ese generador—dijo dudando—. Es nuestra, única salvación.

—Sí, las astronaves tardarán aún, pero ¿y ese ejército de robots que viene? ¿Cómo los contendremos?

—Confiemos en Allison. El encontrará el medio de inutilizar a los hombres de acero durante unos minutos más. Después…

* * *

Los dos hombres dudaron unos momentos sin saber qué hacer.

Regresar a donde estaban las armas, era imposible. Antes de que las pudieran alcanzar, los dos robots les desintegrarían.

Enfrentarse, desarmados con los dos hombres mecánicos, también significaba la muerte.

No les dejarían llegar a una distancia conveniente para el cuerpo a cuerpo, antes serían blanco de sus mortíferos rayos. Pero aunque no fuese así, aquellas imitaciones de hombres tenían tal potencia, que una sola mano les bastaría para destruirlos.

Entretanto, la distancia habíase acortado considerablemente. Sólo le separaban nueve metros.

Y en aquel momento se pararon las dos máquinas.

Allison y Fadner supieron que iban a morir. A tan corta distancia

y sin nada que pudiera ofrecerles una posibilidad de hurtarse a los fatídicos rayos, serían destruidos a la primera descarga.

Las miradas de ambos se clavaron con desesperación en las pupilas de sus antagonistas que, en aquel instante, inflamábanse en rojizas irisaciones.

Aquello era el principio del fin.

Súbitamente, un penetrante grito femenino resonó en la terraza de la «Casa Negra».

Lauren acababa de incorporarse del lugar donde la había arrojado la explosión y había presenciado parte de la escena que tenía lugar a pocos metros.

Adivinó el terrible final que aguardaba a los dos muchachos y, sintiendo que el pavor le erizaba los cabellos, gritó con todas sus fuerzas.

—¿Qué te pasa, Lauren?—preguntó Katherine incorporándose también.

La respuesta la obtuvo al mirar hacia abajo.

La doctora sintió que sus piernas flaqueaban.

No obstante, pudo sobreponerse al pánico que la había invadido y agachándose con la rapidez del rayo, cogió uno de los tubos con que habían estado disparando anteriormente.

La joven apuntó brevemente y, justo en el momento en que los dos hombres se lanzaban al suelo en un intento de esquivar los destructores rayos, disparó enloquecida.

Sus disparos no pudieron ser más certeros ni oportunos.

Las dos máquinas desaparecieron instantáneamente con una deslumbrante llamarada.

—¡Oh, Katherine! ¡Qué miedo he pasado! —exclamó Lauren abrazando a su amiga frenéticamente—. Creí que...

No terminó la frase. Nerviosamente deshizo el abrazo y, bajando las escaleras a toda velocidad, se lanzó al encuentro de los dos jóvenes.

La doctora les siguió sin comprender aquellas prisas. Luego sus labios se curvaron en una sonrisa al ver que Lauren se refugiaba en los brazos del pelirrojo, exclamando:

—¡Oh, Mike! ¿Estás bien? ¡Qué susto he pasado! Aquellos horribles robots...

—He aquí dos seres felices—comentó Douglas acercándose a la doctora—. En estos momentos nada les preocupa, excepto la suprema alegría de haber salvado su amor. ¡Es maravilloso! Casi sublime. ¿No

cree, señorita Katherine?

Ella no contestó. Por un momento sus enormes y serenos ojos claváronse en los del hombre. Después, recordando, sin duda, la dureza con que la había tratado cuando estuvo enfermo, le volvió la espalda y fue hacia la casa.

—Un momento, doctora—dijo Allison tomándola de un brazo y haciéndole volverse—. Deseo darle las gracias. Con ésta es la segunda vez que me salva la vida. No sé cómo agradecerle...

—No me agradezca nada, señor Allison. Era mi deber; hubiese hecho exactamente lo mismo por cualquier otra persona.

—Creí que no era rencorosa, Katherine. Debe perdonarme por aquellas palabras... Estaba influenciado por falsas apariencias y...

—Y usted es uno de esos hombres que se atienen solamente a los hechos, ¿verdad? La fe no cuenta para ustedes; sólo la lógica—acusó la muchacha.

—Todos los indicios le acusaban. Compréndalo. La desaparición del padre de Lauren, su aparente colaboración con nuestros enemigos... Todos estaban convencidos de su traición. En cuanto a mí no soy más que un simple mortal. ¿Por qué no había de pensar igual? No la conocía anteriormente y carecía por tanto de elementos de juicio para oponerme a las apariencias. Sin embargo, ahora le suplico perdón. Aún no sé los motivos que tuvo para equivocarnos a todos, pero confío en usted plenamente. Ya ve que también yo sé desechar la lógica para atenerme únicamente a lo que me dictan mis sentimientos.

—¿A qué se debe este repentino interés por mí, señor Allison ? Hasta ahora me ha ignorado totalmente.

—Eso no es cierto—exclamó el capitán de la «Z. 2» con calor—. Lo que ocurre es que hasta este momento no he tenido tiempo ni tranquilidad, me faltó la ocasión de hablarle.

El hielo estaba roto.

Katherine enarcó una ceja y, mirando con aparente severidad al muchacho, dijo:

—Bien, señor Allison; si me promete formalmente no volver a reincidir en sus malos pensamientos, le perdono. Comprendo que mi conducta resultaba sospechosa, pero no tenía más remedio que callar y comportarme de aquella manera. Los planes de mi padre me exigían este sacrificio. Si fracasaba... todos estaríamos perdidos. Le aseguro que he pasado momentos horrorosos viéndome despreciada por todos. Algunas veces deseé morir.

Allison le tomó una mano entre las suyas y exclamó:

—Por favor, olvide eso ahora. Le aseguro que todos se

arrepentirán de su actitud hacia usted. Sabrán comprender su sacrificio, pero si no fuese así, yo me encargo de meter en cualquier mollera, por dura que sea, la verdad no…

Douglas no pudo completar la frase.

Desde la terraza de la «Casa Negra», Robinson les estaba haciendo desesperados gestos y gritaba algo que no pudieron comprender.

—Algo grave debe de ocurrir cuando Edgar hace esos aspavientos.

Las dos parejas se dirigieron hacia el edificio.

Robinson les salió al encuentro y explicó a Douglas lo que había visto en el ultra radar. Y como excusándose, agregó:

—No quise decirte nada entonces. En aquel instante, los robots estaban intentando forzar la puerta. Pero ahora los tenemos encima. ¡Mirad!

Todos miraron en la dirección que indicaba Edgar.

Por los cuatro puntos cardinales avanzaba, a toda velocidad, un verdadero enjambre de vehículos atestados de robots.

—Además de este ejército, el ultra radar denuncia la presencia de dos astronaves. Aún están distantes, pero no tardarán ni veinte minutos en llegar y…

—Esto es el fin—auguró el profesor Salkowa con acento lúgubre —. Hemos podido exterminar a los robots de Shanta, podríamos combatir a éstos con alguna esperanza de éxito; pero nada podremos contra los «awriss». Nos destruirán sin compasión. Hemos matado a uno de los suyos y su venganza será terrible.

—¿Los «awriss»? ¿Qué es eso?—preguntó Allison.

—Los «awriss» son esos monstruos invisibles. Seres terribles. Proceden de mundos situados en otras galaxias y no conocen la piedad. Son los constructores de los robots. Sus astronaves están formidablemente armadas y, como le digo, no tenemos ni la más remota posibilidad de luchar contra ellos. Cuando no nos han destruido ya, es que desean darnos un final terrible.

Mientras habían estado hablando, los vehículos se situaron a un kilómetro de la casa y el nuevo ejército extendióse en un cerco mortal.

Douglas empuñó un tubo lanza-rayos y, sabiendo de antemano que no serviría de nada, lo disparó hacia el enemigo.

La deslumbrante llamarada que brotó ante una de las máquinas, demostró bien a las claras que había acertado en sus suposiciones.

Aquel nuevo contingente estaba bien protegido tras un indestructible campo electrostático.

La ventaja inicial había desaparecido. La situación se había hecho desesperada.

Comenzaba la verdadera lucha y su fin, todos lo conocían de antemano. La muerte. Una muerte que se extendería a todos los ámbitos del planeta.

¿Cómo podrían combatir al numeroso ejército de máquinas que los cercaban?

Las armas eran totalmente inútiles. Pero aunque fuese así, aunque pudieran contener aquella avalancha de acero y plástico, quedaba un peligro mucho mayor, pavoroso. Quedaban las dos astronaves «awriss».

Por tierra y aire les atenazaba la muerte.

La existencia de miles de personas y la civilización de todo el sistema planetario estaban en juego. ¡Había que vencer!

CAPÍTULO IX

Douglas Allison recorrió con la mirada el perfecto círculo de

robots y en su frente marcóse una profunda arruga de preocupación.

Lentamente, como si le costara trabajo enfrentarse con las miradas de sus compañeros, dio media vuelta y, abriendo la mano derecha, dejó caer el tubo lanza-rayos.

El arma golpeó sordamente contra el suelo.

Se hizo un silencio repleto de funestos presagios.

Todos interpretaron aquel mudo gesto de arrojar el arma como una explícita renuncia a la lucha.

En realidad, la palabra lucha perdía en aquella ocasión su significado.

Los enemigos que se les enfrentaban no ofrecían la menor posibilidad de pelear.

Lauren estrechóse más contra el pelirrojo Mike, como si le pidiese una protección que el muchacho no podía ofrecerle.

El profesor Salkowa miró apenado a su hija y la abrazó en silencio.

En cuanto a Edgar Robinson y el flemático Vincent, permanecían junto a uno de los inservibles parapetos, pendientes de su jefe.

Los dos comprendieron perfectamente el gesto de Allison al arrojar el arma y supieron que no significaba más que una tregua. Una tregua que duraría exactamente el tiempo que Douglas tardara en trazar un plan de combate.

El capitán de la «Z. 2» no era hombre que se entregara en brazos del destino. No, pertenecía a esa clase de hombres que luchan desesperadamente hasta el último instante, aun sabiendo de antemano que el final será la derrota y la muerte.

—¿Dónde está Raymond y el señor Grahan?

—Grahan está abajo; en el laboratorio—contestó el profesor Salkowa—. Le dejé ultimando el montaje del destructor de metano.

—¿Un destructor de metano ?—extrañóse Douglas.

El anciano le miró con un poco de resquemor y, midiendo sus palabras cuidadosamente, contestó:

—Sí, es el fruto de mi trabajo. Estaba a punto de dar comienzo a mis bien elaborados planes, cuando usted entró en escena. He estado estudiando día a día, la constitución física de los «awriss», su anatomía, su patología; en fin, todo aquello que pudiera documentarme para hacerles la guerra química. Como he dicho antes, mis estudios habían terminado y pensaba entrar en acción, pero usted se adelantó y... Bueno, el caso es que al destruir a los robots que nos atacaban, pensé que podríamos salir de aquí y dirigimos a la ciudad que habitan. Allí nos hubiese sido relativamente fácil destruirles la

atmósfera que respiran…

—¿Quiere decir que esos invisibles y repugnantes seres respiran metano?

—Así es, señor Allison. En sus mundos es todo diferente. El sol que les alumbra no produce calor ni luz, al menos en la forma que el nuestro. Estos seres pertenecen biológicamente al grupo de los sangre fría. En cuanto a su invisibilidad está explicada por su pigmentación. Una pigmentación tan especial, que sólo se sensibiliza con los rayos Reka. Estos rayos ocupan en el espectro un lugar por encima de los infrarrojos y, por lo tanto, para nosotros son desconocidos. Sin embargo su sol los produce en abundancia y he aquí por qué en sus mundos son perfectamente visibles mientras que nuestros ojos no los detectan sin la ayuda de esas caretas que antes vio. Si nos trasladásemos a sus mundos, les resultaríamos invisibles a ellos, ya que nuestra pigmentación absorbería íntegramente los rayos Reka sin refractarlos.

—Profesor, le pido perdón por lo que usted denomina como intrusión. Le aseguro que no tenía noticia alguna de su existencia ni de los trabajos que realizaba. De todas formas le prometo que su trabajo no resultará inútil. De una u otra manera, saldremos de aquí y su destructor de metano hará el resto. Vaya al laboratorio y que le acompañen su hija y la señorita Lauren. Seguramente podrán ayudarle. Nosotros nos ocuparemos de ese ejército.

El profesor marchó con las dos mujeres y cuando Douglas quedó a solas con sus hombres, dijo:

—Robson, te dejé con Raymond. ¿Dónde está nuestro ingeniero en electrónica?

—Está abajo, en el sótano. Cuando subí se hallaba trabajando en un extraño aparato. Por lo visto cree que podrá emplearlo eficazmente contra ésos—indicó los robots.

—Bien, ve a ver de qué se trata. Tú, Vincent, quédate aquí y no pierdas de vista a nuestros enemigos. Si adviertes cualquier movimiento extraño, algo que te haga suponer que se disponen a atacar, avísame. Vosotros dos venid conmigo.

Robson y Fadner siguieron decididos a su jefe. Empezaba la acción y ellos eran hombres adiestrados para la lucha. Douglas sabría conducirlos a la victoria.

Cuando llegaron al sótano, Raymond estaba terminando de colocar en su sitio una gruesa bobina de cobre.

—¡Hola, muchachos!—saludó brevemente—. Esto no tardará en funcionar.

Allison no pudo evitar una sonrisa. El pulcro Raymond presentaba

un aspecto lamentable. Sudaba copiosamente y en las manos y en la cara tenía grandes manchas de grasa.

—Tenemos un gran contingente de enemigos cercándonos, Raymond. Además dice Robson que no tardarán en situarse sobre nosotros dos astronaves. ¿Crees que ése «cacharro» podrá servirnos de algo?

Raymond había seguido trabajando mientras su jefe hablaba, pero al oír la palabra «cacharro» se enderezó bruscamente y con los ojos llenos de indignación, repuso:

—¿Has dicho «cacharro», Douglas?—y sin detenerse, prosiguió—: ¿Cómo se te ocurre llamar así a este maravilloso generador? Cualquiera de los científicos de más renombre que haya en la Tierra, daría todo cuanto posee sólo por tener la oportunidad de examinarlo. Miles de sabios han quemado sus vidas intentando construir algo que se pareciera a esto. Nuestros mejores hombres de ciencia han llegado a la conclusión de que era una utopía, un imposible. Sin embargo, helo aquí. Mucho más de lo que nadie se atrevió a imaginar.

—Todo eso me parece estupendo, muchacho —le interrumpió Douglas creyendo oportuno frenar el desbordante entusiasmo del ingeniero—. Te he preguntado antes que si podría servirnos de ayuda... Si no es así, creo que no podrás alabar a tu hermoso generador por mucho tiempo.

—¿Que si servirá? ¡Ya lo creo que servirá! Más aún, destruirá a nuestros enemigos en una décima de segundo. Sólo con mover una palanca.

—¿Estás seguro?—inquirió Allison empezando a temer que el dichoso aparato hubiese trastornado la razón de Raymond.

—¡Completamente seguro!—afirmó rotundo el ingeniero—. ¿Sabes cómo detuvieron a la «Z. 2» en pleno espacio? Pues fue con un generador como éste. Quizá más potente debido a que lo manejaban desde un punto muy distante con relación a nuestra astronave. Pero en un campo más reducido, éste producirá exactamente el mismo resultado. Verás: hace mucho tiempo que en la Tierra existe la teoría de que con un aparato capaz de producir toda clase de frecuencias, desde las más bajas del espectro sonoro, hasta las más altas de todos los espectros conocidos en nuestro planeta; más allá de los rayos X, rayos gamma y cósmicos, vibraciones ultrasónicas, bandas de radiofrecuencias, rayos infrarrojos y calóricos, espectro luminoso, zona de los ultravioletas y aún más allá en el orden de frecuencias, se producirían fenómenos sonoros o radio-eléctricos para las comunicaciones a cualquier distancia de escala terrestre o astronáutica. En teoría, tal generador podría proyectar energía calorífica capaz de fundir cuerpos sólidos, radiaciones que destruirían

cualquier objeto interpuesto en su trayectoria, campos electrostáticos capaces de blindar una zona cualquiera, haciéndola impenetrable a cualquier radiación o cuerpo material, producir fenómenos radiactivos que podrían destruir la vida orgánica o por el contrario regenerarla con efectos terapéuticos o estimulantes instantáneos. Sería capaz de crear un campo magnético como soporte de estabilidad o propulsión en los espacios interestelares, consiguiendo para la astronave que los utilizara velocidades superiores a la de la luz, con lo que la nave, viajando respecto a un astro, retrocedería en el tiempo del astro o planeta y… en fin, todo esto y mucho más lo realiza este aparato al que tú calificabas de «cacharro» hace un momento.

—Cierto—exclamó el profesor Salkowa desde la puerta—. En eso consiste el armamento que llevan las astronaves «awriss». Armamento que antes califiqué de formidable.

Después de las palabras del profesor Salkowa, se produjo un corto silencio.

El cerebro de Douglas trabajaba febrilmente asimilando todas y cada una de las palabras que Raymond había pronunciado. Luego sus labios se curvaron en una sonrisa y, acercándose al ingeniero le dio unos golpecitos afectuosos en el hombro.

—Retiro lo de «cacharro», Raymond. Desde ahora, ese generador merecerá todos mis respetos. ¿Tardarás mucho en ponerlo en disposición de realizar sus funciones? Las dos astronaves «awriss» estarán aquí antes de diez minutos.

—Diez minutos son más que suficientes para prepararles a nuestros invisibles enemigos un digno recibimiento.

CAPÍTULO X

L[image]

os últimos minutos habían sido de una intensa actividad, para los ocupantes de la «Casa Negra».

Los hombres de la «Z. 2.» habían trabajado a un ritmo agotador.

En la terraza del edificio, se erguía un larguísimo vástago metálico, rematado por una especie de reflector de gigantescas dimensiones. En la cara interna, que era cóncava y muy brillante, había adosados infinidad de filamentos.

En cuanto al árbol metálico, se había montado sobre una base giratoria a fin de que el enorme proyector pudiera enfocarse en cualquier dirección sin dificultad.

Todo el aparato se conectaba por unos cable» con el ultra radar que había en el sótano y a una especie de radiogoniómetro, que tendría la misión de hacer girar al proyector en la dirección que el ultra radar detectara al enemigo.

El resto, lo realizarán el generador de frecuencias.

Fadner se frotó las manos con impaciencia y acercándose a Robinson, le dijo:

—Me gustaría probar la eficacia de esos rayos en los robots. Me

ponen nervioso con su presencia.

—A mí también. Pero si hiciéramos tal cosa, correríamos el riesgo de que las astronaves enemigas descubrieran nuestros medios defensivos y los neutralizaran. No podemos exponemos a ese peligro. Además, mientras esos fantoches se contenten con vigilarlos a distancia, no tenemos por qué preocupamos.

—¡Estupendo, muchachos!—exclamó Douglas entrando en el sótano—. Vengo del laboratorio del doctor Salkowa y aquello va muy adelantado. Si conseguimos desembarazarnos de las astronaves y los robots, les haremos una visita a nuestros «amigos» «awriss» en su propio domicilio.

Y a propósito, ¿están muy lejos esas astronaves?

—A unos tres minutos solamente.

—De acuerdo, Robinson: esperemos que todo salga bien. Fadner, sube a la terraza y dile a Vincent que puede bajar. Ya no hace falta allí.

El capitán de la «Z. 2.» acercóse a la pantalla del ultra radar y observó los progresos del enemigo.

—Raymond, pon el generador en marcha y estate preparado para disparar tan pronto como yo te diga. No quiero que las astronaves se sitúen sobre nosotros. Tampoco quiero destruirlas. Nos harán falta. Hay que atraparlas de la misma forma que ellos hicieron con la «Z. 2.».

En aquel momento titiló una pequeña luz verde junto al radiogoniómetro.

Robinson echó un vistazo al instrumento y, con voz tensa, anunció:

—El proyector acaba de enfocar el objetivo.

Nadie contestó. Allison y Raymond tenían todos sus sentidos pendientes de la próxima acción.

El momento era crucial.

Si por cualquier fallo, por una circunstancia imprevista, no conseguían sorprender al enemigo, no habría nuevas oportunidades.

Las dos astronaves los reducirían a la nada en una milésima de segundo.

Mientras tanto los dos colosos del espacio iban dejando atrás las rayas de la escala. Cada una significaba cinco kilómetros. Ya no quedaban más que dos. Treinta segundos más tarde habían sobrepasado la penúltima.

Douglas levantó la mano izquierda y la mantuvo en esta posición unos segundos; luego, la bajó repentinamente, exclamando:

—¡Ahora, Raymond!

El ingeniero no se hizo repetir la orden.

Su pulgar oprimió un pequeño botón encarnado.

El resultado fue inmediato.

Y como la pantalla del ultra radar estaba construida para que detectara toda clase de radiaciones, se vio un imponente haz de azulejos rayos dirigirse hacia las dos astronaves.

Pero éstas avanzaban cubriéndose con radiaciones que producían un campo electrostático impenetrable a cualquier rayo o cuerpo material.

Entonces se produjo algo tan maravilloso y espeluznante a la vez, que los tres hombres quedaron fascinados.

Los rayos del generador impactaron en el campo electrostático e instantáneamente produjose una enorme y deslumbradora llamarada que, durante unos segundos, anuló la luz solar. Las dos astronaves, como impulsadas por una gigantesca catapulta, dieron un salto en el espacio y se remontaron perpendicularmente, a una velocidad increíble.

Los dos colosos estaban construidos para desarrollar velocidades superiores a la de la luz. Pero esto era en el vacío interestelar.

En el interior de una atmósfera, tal rapidez era imposible.

La fricción con el aire originaría su destrucción indefectiblemente.

Y esto fue lo que sucedió.

En su precipitado ascenso, vióse a las dos naves transformarse en dos fulgurantes llamas y, cuando estaban a punto de traspasar las últimas capas atmosféricas, se licuaron, como dos trozos de mantequilla puestos al fuego.

Ningún metal habría podido soportar los miles de grados que aquel roce brutal había engendrado.

Pasaron unos segundos antes de que los tres hombres pudieran reponerse de la impresión que el terrible espectáculo les había causado.

Estaban pálidos y desencajados. Lo sucedido era superior al entendimiento humano.

—Ha sido horrible, Raymond.

—¡Espantoso!—exclamó el pelirrojo Fadner sin recobrarse aún del todo.

—Sí—contestó el ingeniero pensativo—. Al cubrirse ellos con el campo electrostático, han provocado su perdición. Lo ocurrido tiene

una fácil explicación. Ya sabéis que dos corrientes eléctricas del mismo signo se repelen… Esto es lo que ha sucedido en este caso. Sus radiaciones y las nuestras eran de la misma frecuencia. Al chocar se ha originado una imponente sacudida y gracias a la mayor potencia de nuestro generador, han resultado ellos vencidos. De haber sucedido lo contrario, esta, casa, con todos nosotros dentro, hubiera sido pulverizada o sepultada en las entrañas de Venus.

—¡Infiernos! Vaya bromitas que gasta este dichoso aparato— comentó Fadner intentando sonreír.

—Bien; era nuestra destrucción o la de ellos —comentó Allison—. Pero hemos perdido esas astronaves y nos hacían mucha falta. ¿Cómo iremos a la ciudad de los «awriss»?

—Yo creo—intervino Fadner—, que antes de pensar en salir de aquí, debemos acabar con los robots. Aún nos tienen cercados, Douglas.

—En eso estaba pensando. Se me está ocurriendo que en lugar de destruirlos, podríamos apoderarnos de ellos, si hay forma de interferenciar sus servomandos, ¿Crees que podrás conseguirlo, Raymond?

—Lo comprobaremos ahora mismo. Primero tendremos que averiguar en qué frecuencia les emiten las órdenes. Veamos.

Los tres hombres se acercaron al cerebro electrónico que había mandado los robots de Shanta.

El ingeniero estudió detenidamente la longitud de onda en que emitía e hizo algunos cálculos.

—Creo que lo conseguiremos. Pero vamos a crear un campo electrostático alrededor de la casa. Los robots quedarán dentro de este campo. Así conseguiremos inmunizar el edificio de cualquier ataque y que los hombres mecánicos no puedan recibir las ondas que les envían desde la central. En ese estado obedecerán las órdenes que les demos por medio de este cerebro.

—Me parece bien; pero ten en cuenta que nosotros tendremos que atravesar ese campo. Hemos de ir a Shanta y ver qué ha sido de sus habitantes. Después les haremos una visita de cumplido a los «awriss» en su misteriosa ciudad.

CAPÍTULO XI

Douglas señaló aquello con un gesto de incredulidad y, señalando con el índice, preguntó:

—Pretende usted decirme que con eso va a destruir toda la atmósfera que respiran los «awriss». ¿No le parece un poco exagerado, profesor?

En aquellos momentos se encontraban todos los ocupantes de la «Casa Negra» reunidos en el laboratorio del profesor Salkowa.

Se hallaban cómodamente sentados, menos el profesor, que exhibía entre sus manos un recipiente de cristal cerrado herméticamente.

La ampolla en cuestión, pues tenía un vago parecido con esta clase de envases, medía unos treinta centímetros de longitud por unos siete de diámetro. En su parte central tenía un estrechamiento que formaba a modo de cuello y estaba forrado por una cinta metálica.

En una de las porciones de la ampolla flotaba un gas de color rojo púrpura, mientras que la otra tenía un tono verdoso.

El profesor estuvo a punto de dejar caer el recipiente al oír la pregunta del capitán de la «Z. 2».

—No exagero en absoluto, señor. Y no lo pretendo; lo afirmo rotundamente. Este aparato que a usted le parece tan inocente, causará la destrucción de toda la atmósfera de metano que los «awriss» han construido en el interior de su ciudad. Mejor dicho, destruiría mucho más si lo hubiese. Basta colocarlo en el sitio adecuado y abrir esta espita—el profesor señaló una especie de llave de paso situada en el centro de la abrazadera de metal—. Al hacer esto, los dos gases que contiene la ampolla se mezclarán y, producirán una reacción en cadena que fisionará los átomos del metano. Por lo tanto, amigo mío, los «awriss» se quedarán sin atmósfera en contados segundos.

—Me parece demasiado drástica esa medida de exterminar hasta el último de esos seres, profesor Salkowa. De acuerdo en que su apariencia es repugnante y que su origen es extraterrestre. Ni siquiera sé si merecen el calificativo de seres humanos, pero así y todo...

—Deseche esos escrúpulos, capitán. Durante toda mi vida me he dedicado a luchar contra la muerte. Mi profesión es salvar vidas, pero

en esta ocasión hay que extirpar la de estos monstruos como si se tratara de un cáncer. ¿Sabe usted el destino que nos aguarda si nos vencen...? Yo se lo voy a decir. Lo de trabajar en la mina era una cosa provisional. Desde que se apoderaron de Venus han estado llevándose expediciones de personas a sus remotos mundos. Allí se les priva de la voluntad y los convierten en algo parecido a esos robots que hay fuera. Todo ello con vistas a invadir nuestros mundos y poblarlos con estos desgraciados seres que obedecerían ciegamente. Este destino le esperaba al señor Graban si mi hija no le hubiese salvado diciendo que era médico y asegurar que me hacían falta sus servicios para desarrollar mi labor.

—¿Su labor?—extrañóse Douglas.

—Sí; me habían encomendado la misión de darles a conocer todo lo relacionado con nuestra medicina y cirugía.

—Bien; pero ¿cómo se salvará el que lleve ese destructor de metano?

—En cuanto a eso, no puedo responderle con seguridad. El metano al desintegrarse no causará daño a ningún terrestre, pero la explosión... Seré yo, personalmente quien se encargará de manejarlo.

—Bueno; ese punto ya se decidirá más tarde. Ahora lo interesante es saber cómo llegaremos hasta nuestro objetivo. Según dice, tendremos que rodear casi medio planeta. ¿Cómo viajaremos?

—Podríamos utilizar uno de esos vehículos que trajeron los robots —sugirió Raymond.

—No es mala la idea. Encárgate tú de proveerlo de todo lo que pueda sernos necesario. Tardaremos unas dos semanas en llegar a nuestro destino. Seremos cuatro, contando al profesor. Fadner y Robinson quedarán aquí por si los «awriss» volvieran a atacar.

—Seremos cinco, señor Allison—afirmó decidida la doctora—. Yo voy con ustedes.

—Señorita Salkowa, siento mucho contrariarla. Usted se queda aquí. No vamos a realizar un viaje de placer; ésta es una misión erizada de peligros y usted sería un estorbo.

—Señor Allison. Siento mucho tener que contrariarle—remedó con un gracioso mohín Katherine—. Yo les acompañaré y no seré ningún estorbo. Al igual que mi padre, conozco perfectamente el emplazamiento de la ciudad y la mayor parte de sus instalaciones. Si a mi padre le sucediera algún accidente yo lo reemplazaré.

—¿Pero no se da cuenta, señorita? No debo consentir que exponga su vida.

—Mi hija tiene razón—apoyó el profesor—. El éxito de nuestra

expedición debe anteponerse a todo. Incluso a nuestras propias vidas.

—Está bien—repuso Douglas malhumorado—. Mañana al anochecer partiremos. Estén preparados. No admito demoras—y al decir esto miró a Katherine.

La muchacha le contestó con una sonrisa picaresca y levantándose, abandonó el laboratorio.

Douglas desplegó un mapa sobre la mesa y, cuando todos se hubieron aproximado, dijo:

—Usted, señor Grahan, se encargará de armar a todos los habitantes de Shanta y adiestrarlos para repeler cualquier ataque. Fadner y Robinson le prestarán toda la ayuda que precisen desde esta casa. En cuanto a nosotros, creo que lo más acertado será dirigirnos hacia las grandes selvas. En la primera noche podremos alcanzarlas, ya que sólo estamos a unos quinientos kilómetros. Después continuaremos caminando de noche y acampando de día entre los árboles. Creo que no habrá dificultades hasta llegar al otro hemisferio. Allí no tendremos nada con qué disimular nuestra presencia. Ya saben que aquello es un inmenso campo de hielo y está sumido en la noche eterna. En fin, las dificultades que en el curso de nuestro viaje puedan presentársenos, las resolveremos sobre la marcha. ¿Alguna duda que aclarar...?

—Creo que todo está perfectamente claro, Douglas—respondió Robinson—. Sólo falta que tengáis éxito en vuestra empresa y que regreséis pronto.

—Así lo deseo; pero si en el plazo de un mes no hemos vuelto, ni tenéis noticias, tú y Fadner procederéis según vuestro criterio, pensando únicamente en los miles de vidas que se hallan en peligro.

* * *

Durante varios días, los comandos avanzaron con bastante rapidez y seguridad, pero, después, las exuberantes selvas que habían estado bordeando fueron aclarándose sensiblemente.

La enmarañada vegetación tropical que durante el día les había estado ofreciendo un seguro refugio, estaba ahora sustituida por inmensos bosques de pinos. Hacia el décimo día, éstos desaparecieron también.

La expedición había alcanzado el mismo límite del hemisferio iluminado por el sol. A partir de aquel momento, tendrían que avanzar envueltos por una noche eterna y rodeados por hielos milenarios.

Venus presenta siempre el mismo hemisferio al sol y, por tanto, en la otra mitad de su esfera no hay más luz que la proyectada por

algunas lejanas estrellas. Allí es todo un gélido caos y su temperatura es el cero absoluto. No se conocen tempestades ni huracanes, el frío es tan intenso que se congela hasta el aire.

—La naturaleza tiene extraños caprichos—comentó Douglas impresionado—. Estamos escasamente a cien metros de ese blanco sudario y aquí hay sol, vida, aire. La vida se manifiesta en todos sus aspectos. Sin embargo basta recorrer esta pequeña distancia y entraremos en la soledad más inhóspita conocida por los terrestres. Es como si esa línea sirviera de frontera entre la vida y la muerte.

— Desde aquí, todo parece menos terrible —contestó Katherine escrutando el fascinante espectáculo que se extendía ante sus hermosos ojos.

Ahora esta semipenumbra limba todos los objetos con esa especie de corona brillante que les da un aspecto fascinante, pero cuando nos hallamos internado unos pocos kilómetros, la soledad y el silencio se harán insoportables, enloquecedores.

Los dos jóvenes habían avanzado insensiblemente y ahora se encontraban entre la división del día y de la noche.

—¿Por qué cree usted que los «awriss» escogieron esta parte de Venus para construir su ciudad, doctora?

—Mi padre y yo nos hemos formulado varias veces esa misma pregunta. Nunca hemos podido hallar una respuesta concreta. Estos seres son muy extraños, incomprensibles para nosotros. Puede que lo hayan hecho como medida de seguridad o quizá porque nuestro sol les resulta perjudicial. Lo cierto es que tienen la ciudad en el centro de esta vastísima región y que desde cualquier sitio que uno parta, hay que atravesar el desierto helado. Por si esto fuera poco, su mundo es subterráneo, tiene una sola entrada que se cierra automáticamente y cuando se traspasa, da la sensación de haber penetrado en un mundo de pesadilla. Allí el sol y la atmósfera son artificiales, como artificiales son la mayoría de las cosas que rodean a estos seres.

—¿Cree usted que podremos franquear esa puerta sin ser advertidos?

La muchacha le miró con los ojos entornados y, componiendo un gesto de duda, contestó:

—Francamente, creo que no. Los mecanismos de control remoto que la mueven, darán la alarma. Debe existir algún sistema de identificación que acciona los mandos. Sin esta señal...

—Bueno, esto es un contratiempo más a vencer. Supongo que llegado el momento, encontraremos el medio de superarlo. Ahora, regresemos al campamento. Tenemos que descansar y preparar los equipos para las próximas jornadas.

Al día siguiente, los expedicionarios continuaron la marcha.

Todos vestían ajustados trajes espaciales que, por ser térmicos, les permitían soportar la extremada temperatura sin ninguna clase de molestias. En cuanto al aire, se lo proporcionarían las escafandras.

Durante las primeras seis horas, marcharon sin interrupción. A las doce, Douglas mandó hacer alto y, entre todos, armaron la tienda de campaña. Una vez instalados confortablemente en su interior, Katherine preparó la comida, como venía haciendo desde que la expedición abandonó la «Casa Negra».

Las horas se fueron sucediendo tristes y monótonas para los comandos.

Las palabras de Katherine al calificar de insoportable y enloquecedora la travesía, no habían llegado a expresar toda la realidad.

Cuarenta y ocho horas más tarde, la expedición hallóse rodeada por un caos de inmensos témpanos que adoptaban las más, extrañas formas.

Era un mundo irreal. El producto de una horrenda pesadilla. Acá y acullá elevábanse imponentes agujas que hundían sus gélidas puntas en el negro cielo.

El silencio era absoluto y traía a la mente vagos presagios de tragedia. Ni la más leve brisa, ni el más ligero rumor turbaban la imponente quietud. Los comandos sentían la sensación de haber traspuesto las fronteras de la muerte.

—Allí está la entrada de la ciudad.

Cuatro pares de ojos escrutaron el inmenso farallón de hielo indicado por el profesor.

—¡Hum! No veo nada que se parezca, ni remotamente, a una puerta—rezongó malhumorado Allison.

—Está muy bien disimulada—aclaró Katherine—. Además, con esta oscuridad, es imposible distinguir nada.

—De una u otra forma, lo importante es saber cómo franquearemos esa entrada—dijo Raymond—. Supongo que funcionará en forma parecida a la de la «Casa Negra».

—Sólo que en la «Casa Negra» no estaban advertidos de nuestras intenciones y aquí deben esperarnos—-completó Vincens.

—De momento, acamparemos aquí durante unas horas. Es conveniente trazar un plan de ataque con arreglo a nuestras posibilidades.

—Y, por cierto, que son bien escasas, señor Allison—arguyó el profesor.

Con gran rapidez, los cinco terrestres escogieron el sitio para acampar. Era una pequeña planicie, situada tras un gigantesco montículo de hielo, que los hurtaría a las miradas de los «awriss».

Durante el tiempo que invirtieron en comer, permanecieron en silencio. Fue tomando el humeante café, cuando Allison comenzó a exponer sus planes.

CAPÍTULO XII

L[image]

os cinco terrestres caminaban sigilosamente, procurando que sus pisadas hicieran el menor ruido posible.

En el último campamento quedaba el vehículo junto con la tienda de campaña y demás utensilios.

La empresa que habían acometido requería solamente valor y decisión.

En las últimas horas habían examinado todas las posibilidades que existían para introducirse furtivamente en la ciudad «awriss» y, una a una, tuvieron que desecharlas por impracticables.

Al final, decidieron forzar la entrada arrastrando todas las consecuencias.

Douglas marchaba en cabeza, junto al profesor Salkowa, que le iba señalando el camino a seguir. Tras ellos, Raymond con el desintegrador de metano bien sujeto a las espaldas con correas. Por último, cerraban la marcha Katherine y Vincens.

—¿Cree usted que estarán apercibidos de nuestra proximidad, profesor?

El padre de la doctora se detuvo un momento pensativo.

—No sé qué decirle, Allison. Aseguraría que no nos han quitado la vista de encima desde el momento que abandonamos la «Casa Negra». Sin embargo, lo que me llena de dudas es que hasta este momento nos hayan dejado tranquilos. ¡Incomprensible!

—Bien, continuemos adelante. Cuanto antes lleguemos, mejor.

El grupo siguió avanzando en la oscuridad. Después, el profesor detuvo a Douglas y le indicó un punto.

—Ahí está la puerta.

—Quédese usted aquí con los demás. Yo echaré un vistazo.

El joven se deslizó por el hielo. Su objetivo distaba unos quince metros y, en apariencia, nada había allí que se diferenciara del resto del gigantesco glaciar.

Pero esto no pasaba de ser una falsa apariencia.

Cuando Allison lo alcanzó, las antenas adaptadas a su escafandra espacial captaron un ruido sordo que parecía brotar de las entrañas del planeta.

La puerta estaba allí, en efecto. No había duda, pero, ¿cómo abrirla?

Hacía largo rato que el capitán de la «Z-2» se había contestado esta pregunta.

Sin vacilación, empuñó el tubo lanza-rayos y retrocedió unos pasos y disparó.

Un intenso resplandor disipó las profundas tinieblas por unos instantes.

Al hacerse de nuevo la oscuridad, apareció una gran abertura profusamente iluminada.

La puerta había dejado de constituir un estorbo. El acceso a la ciudad estaba expedito.

El joven examinó detenidamente el largo pasillo sin descubrir nada sospechoso.

El silencio seguía siendo profundo, sepulcral, pero en el ambiente flotaban mil amenazas.

Preso de extraño malestar, giró una mirada en torno.

¡Nada!

El mismo hielo y las mismas tinieblas. Delante, el corredor bañado por la fría luz amarillo verdosa que arrancaba extrañas irisaciones de las heladas paredes.

Douglas hizo señas a los demás para que le siguieran.

—¿Qué opina de esto, profesor?

—Nada bueno, Allison. La sola idea de adentrarme en ese pasillo, me causa escalofríos.

—Con escalofríos o sin ellos, hemos de entrar. ¿Sabe usted a dónde conduce ese túnel?

—Sí. Es una especie de cámara neumática que aísla el interior de la ciudad. Al final existe una amplia habitación que los «awriss» utilizan para cambiar los traes de superficie. Hay también una pequeña sala con un ascensor ultrarrápido. Descendiendo en él, se llega al mismo centro de la ciudad. Si consiguiéramos arrojar el desintegrador por la abertura de ese ascensor, habríamos terminado nuestro trabajo.

—Lo intentaremos. Raymond vendrá junto a mí, llevando el destructor de metano. Los demás nos seguirán a unos doscientos pasos. Marcharemos despacio y con las armas apercibidas. ¡Adelante!

Douglas se introdujo en el frígido túnel seguido inmediatamente por el ingeniero. Pegados a la pared caminaron a grandes zancadas, deseando terminar cuanto antes.

Vincens encabezó el segundo grupo y desembocó en el pasadizo.

El enemigo esperaba este momento.

Tan pronto como los terrestres estuvieron en el interior de la galería, oyóse una explosión y la boca por donde habían entrado quedó obstruida por una ingente montaña de hielo.

Los comandos se volvieron sobresaltados.

—Nos han cortado la retirada—exclamó Allison—. ¡Corramos hacia adelante!

Pero una nueva explosión les hizo detenerse.

Una profunda oscuridad se hizo en el túnel y una nube de polvo

helado les cegó.

Allison puso en funcionamiento la linterna adosada a su escafandra y a su luz comprobaron con desaliento que estaban encerrados.

Encerrados en una tumba de hielo.

—Los «awriss» no han querido acabar con nosotros de una vez—comentó el profesor—. Ya les dije que nos darían una muerte terrible. Nos han condenado a morir lenta y miserablemente.

—Opino que esta manera de proceder obedece a otros motivos—comentó Allison, pensativo.

—¿A qué te refieres?—preguntó Raymond.

—¿Qué hubieses hecho tú en el caso de los «awriss», si, de pronto, te hubieras apercibido de que te iban a atacar con un desintegrador de metano?

—Esa es la verdadera razón de que nos hayan aislado aquí—aseguró Katherine—. De una forma u otra, han sabido nuestras intenciones y nos han aislado de su atmósfera.

Como respondiendo a las palabras de la muchacha, se oyó un penetrante silbido.

—¿Qué es eso?—preguntó Vincens con sobresalto.

Douglas corrió hacia donde se había efectuado el segundo derrumbamiento.

Los demás le siguieron llenos de ansiedad.

El más insignificante de los ruidos, el detalle más inofensivo en apariencia, podía ser el prólogo de su muerte. Las armas de que disponían aquellos seres eran terribles.

El capitán de la «Z-2» arrodillóse y examinó un pequeño orificio que había aparecido en el suelo.

El extraño ruido se producía allí.

—Parece como si estuvieran aspirando el aire.

—No me extrañaría—aseguró el profesor— En este túnel debe existir cierta cantidad de metano y quieren hacerlo desaparecer. Cuando lo hayan conseguido, nuestro desintegrador será perfectamente inútil y nosotros habremos dejado de ser un peligro mortal para ellos... Entonces, nos exterminarán tranquilamente.

—Por lo tanto—completó Douglas—. Nos queda de vida hasta que hayan extraído la última partícula de metano.

—¿Y si pusiéramos el desintegrador junto a ese orificio? La reacción en cadena se propagaría a través de él y conseguiríamos nuestros fines.

—No creo que diera resultado, Katherine —contestó Douglas—. No son tan incautos. Habrán tomado sus precauciones y no conseguiríamos nada práctico. Vamos a hacer otra cosa. ¡Seguidme!

El grupo se apartó varios metros.

—Preparad los tubos lanza-rayos—ordenó el capitán de la «Z-2»—. Cuando yo diga, disparamos todos a un tiempo sobre ese agujero. Espero que la acción conjunta de las armas abra una brecha lo suficientemente amplia para arrojarles el desintegrador. Usted, mister Salkowa, se encargará de tener a punto el aparato y, tan pronto disparemos, lo arrojará.

Los comandos se situaron convenientemente y esperaron impacientes la voz de fuego.

El tiempo parecía haberse detenido.

Los cuatro terrestres empuñaban con fuerza las armas mientras sus ojos miraban con fijeza el objetivo.

—¡Preparados!... ¡¡FUEGO!!

Los tubos lanzaron al unísono los destructores rayos.

Inmediatamente el túnel pareció prolongarse en sentido perpendicular y el ruido de maquinaria les llegó con toda fidelidad. Un torrente de luz brotó por la boca del pozo.

A sus pies apareció parte de la ciudad.

El profesor Salkowa corrió hacia el borde de la sima y levantó el brazo, intentó arrojar el desintegrador de metano.

En aquel preciso instante, un delgadísimo rayo color violeta impactó en su pecho y lo derribó fulminado.

El aparato que empuñaba rodó junto a él y, por último, fue a detenerse a menos de tres centímetros del borde.

Katherine lanzó un penetrante grito y, sin reparar en el peligro, corrió hacia su padre.

Allison comprendió que si la muchacha conseguía sus propósitos, estaría perdida.

Arrojó el tubo que tenía entre las manos y, flexionando las piernas, se lanzó en una impresionante plancha.

Chocó violentamente contra las piernas femeninas y ambos rodaron por el suelo.

Varios disparos enemigos los siguieron tenazmente abriendo profundos agujeros en el hielo.

Douglas apoyó un pie con fuerza e intentó retroceder a toda costa. Pero sus botas espaciales resbalaron y, a consecuencia del fuerte impulso, los dos jóvenes rodaron junto al desintegrador,

— ¡Cuidado! — gritaron los comandos aterrados.

Douglas Allison consiguió afianzarse en el resbaladizo suelo y, estirando una pierna, dio un puntapié al desintegrador de metano.

Los efectos fueron inmediatos.

Durante una pequeñísima fracción de segundo se vio al artefacto caer. Luego, una inmensa llamarada azul pareció encender toda la ciudad, mientras una terrible explosión conmovía las entrañas del planeta, produciendo un gigantesco terremoto.

El hielo comenzó a resquebrajarse en multitud de sitios y grandes témpanos saltaron pulverizados.

Los terrestres quedaron sobrecogidos de terror al ver el imponente caos que había desencadenado el pequeño desintegrador.

Allison, con la muchacha fuertemente abrazada, púsose en pie y corrió hacia la salida del túnel.

Los demás le siguieron arrastrando el inanimado cuerpo del doctor.

Guando llegaron a la derrumbada puerta «awriss» se abrieron camino a fuerza de disparos.

Diez minutos más tarde estaban fuera del túnel mortal, sumergidos en la noche eterna de Venus.

Una profunda alteración se había operado en la superficie de hielo.

Inmensas cortaduras se abrían por doquier y por ellas escapaban ingentes masas de vapores.

La ciudad «awriss» había sido desintegrada y sus repugnantes habitantes habían corrido la misma suerte.

¡Venus estaba salvado!

EPÍLOGO

—Mi misión está cumplida, Katherine. Su padre no tardará en reponerse y yo debo regresar a la Tierra. Sólo vine a cerciorarme de lo que sucedía en este planeta y el azar me hizo intervenir en la lucha. Ahora tengo que volver y rendir un informe al Alto Mando. ¿Por qué no me acompaña? En la «Z-2» hay sitio para usted.

Katherine le había estado escuchando con evidente desencanto. Sus hermosas pupilas se habían tornado tristes y, al hablar, su voz denotó ansiedad.

—No puedo irme. Mi presencia aquí es necesaria. Mi padre y yo somos los más indicados para aliviar la triste situación de los que tantas penalidades han soportado durante la ocupación «awriss»... No, no puedo desertar de mi labor. Sería una cobardía indigna. Márchese usted y haga lo posible para que envíen pronto los socorros que necesitamos. Nuestra situación sin ellos sería terrible.

—Puede estar segura de que volveremos sin pérdida de tiempo. Mi vida sólo tiene dos objetivos: traerle esos socorros y pedirle que sea mi esposa.

Las sombras que empañaban los negros ojos femeninos fueron sustituidas por una intensa felicidad.

Los dos jóvenes se miraron larga y profundamente y, de pronto, se fundieron en un apasionado abrazo.

Una vez más, el amor resurgía de entre la desolación y la muerte.

FIN

INDICE

J AIM IT O

La publicación infantil más graciosa
e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SÉLECCIONES

DE JAIMITO

un extraordinario con
36 PAGINAS

Rebosante de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos, seleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce

Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION

SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta dase de aventuras

con ilustraciones

RECOMIENDÉLA

al chico que desee

pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE
CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPA

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

117. **—El silencio de Helión,** ***Robín Carol*.**
1. **—Ventana al Infinito.** ***J. Negri O'Hara.***
2. **—El Planeta errante.** ***Karel Sterling*.**
3. **—Regreso a la patria.** ***George H. White*.**
4. **—Lucha a muerte,** ***George H. H. White*.**
5. **—Cautivos del Espacio,** ***Joe Bennett*.**
6. **—Vacío siniestro.** ***Joe Bennett*.**
7. **—Detrás del Universo.** ***Karel Sterling*.**
8. **—¡Karima!,** ***Profesor Hasley.***
9. **—Él bosque petrificado.** ***Profesor Hasley*.**
10. **—Energía Z.** ***Profesor Hasley*.**
11. **—Fantasmas siderales,** ***Karel Sterling*.**
12. **—El túnel transatlántico,** ***Profesor Hasley*.**
13. **—El mundo subterráneo.** ***Profesor Hasley.***
14. **—Entre Marte y Júpiter,** ***Joe Bennett*.**
15. **—Separación Asteroidal.** ***Joe Bennett*.**
16. **—Náufragos del Universo,** ***Joe Bennett.***
17. **—La Isla de otro mundo,** ***Eduardo Texeira.***
18. **—El tiempo desintegrado.** ***Karel Sterling*.**
19. **—El conquistador del mundo,** ***Prof. Hasley.***
1. **—El ejército sin alma.** ***Prof. Hasley*.**
2. **—Mensajes de muerte,** ***Karel Sterling*.**
3. **—Motín robótico.** ***Joe Bennett*.**
4. **—Cita en la Luna,** ***Van S. Smith.***
5. **—Misterio en la Antártida,** ***Larry Winters.***
6. **—Cosmoville,** ***Joe Bennett*.**
7. **—Ataúdes blancos de Oberón,** ***Karel Sterling.***
8. **—Nosotros los marcianos,** ***Karel Sterling*.**
9. **—El doble fatal.** ***Joe Bennett*.**
10. **—La ruta perdida,** ***Karel Sterling*.**
11. **—Embajador en Venus,** ***Van S. Smith*.**
12. **—El astro prohibido,** ***Joe Bennett.***
13. **—Niebla alucinante. C.** ***Aubrey Rice.***
14. **—La hierba del cielo,** ***Joe Bennett*.**
15. **—¡Nos han robado la Luna!,** ***Joe Bennett.***
16. **—Rutas Ignoradas, J.** ***Negri O'Hara.***
17. **—Un cadáver en el aerolito,** ***Henry Keystone.***
18. **—La Diosa de Venus,** ***Joe Bennett*.**
19. **—Condenados a morir,** ***Joe Bennett*.**
20. **—La barrera de las sombras,** ***A. S. Jacob.***
21. **—Las huellas conducen... al Infierno,** ***Van S. Smith.***
22. **—El Planeta de nadie,** ***Henry Keystone.***
23. **—Regresaron dos muertos,** ***Joe Bennett***

1. **—El mundo de los seres condenados, *J. Negri O’Hara.***
2. **—El Planeta maldito, *P. Danger.***
3. **—Asesino Interplanetario, *Henry Keystone.***
4. **—Extraños en la Tierra, *Van S.* Smith,**
5. **—Marionetas humanas, Vic Adams**
6. **—La nave pirata, *Joe Bennett.***
7. **—Los aventureros de Júpiter, *Joe Bennett.***
8. **—Cuatro a Mercurio, Peter *Kapra.***
9. **—Donde empieza el límite. J. *Negri O’Hara.***
10. **—La onda invencible, *Joe Bennett.***
11. **—Eratom 225, Prof. *Hasley.***
12. **—Después de la hora final, *Van S.* Smith.**
13. **—Bases submarinas, J. *Negri O'Hara.***
14. **—Nieblas blancas, P. Danger.**
15. **—Submares de muerte. *Joe Bennett.***
16. **—La espacionave del terror. *Joe Bennett.***
17. **—Las estrellas amenazan, *Van S. Smith.***
18. **—Rebelión en la galaxia, V. *A. Carter.***
19. **—El umbral de la Antártida, *P. Danger.***
20. **—Los hombres del más allá. P. *Danger,***
21. **—Bloqueo en el espacio. *Ray Kualiter.***
22. **—La muerte azul, *V. A. Carter.***
23. **—Un mensaje en el espacio, *Van S. Smith.***
24. **—Viaje hacia la muerte, *Prof. Hasley*.**
25. **—¡Descohesión!, P. *Danger.***
26. **—La nueva raza, *V. A. Carter*.**
1. **—El extraño viaje del Dr. Main. *Van, S. Smith*.**
2. **—Venus llama a la Tierra, *Van S. Smith.***
3. **—Sonidos silenciosos de Venus, *V. A Carter.***
4. **—La ruta de los pantanos, P. *Danger.***
5. **—¡Ayúdanos, terrestre!, V A. *Carter.***
6. **—Polizón en el espacio, *Edward Wheel*.**
7. **—El nuevo poder, *Van S. Smith***
8. **—Prisión cósmica, V. A. Carter.**
1. **—El misterio de la misión Silverton, *J. Negri O’Hara.***
2. **—Intrusos siderales. *Van S. Smith.***
3. **—La Tierra no puede morir, V. *A. Carter.***
4. **—La amenaza sin nombre, P. *Danger.***
1. **—Luna ensangrentada, *Van S. Smith.***
2. **—Diablos de la Ionosfera, *Van S. Smith*.**
3. **—Viaje al infinito, *P. Danger.***
4. **—Cargamento para el infierno, *V. A. Carter.***
5. **—La locura de Bevinton, *Van S. Smith.***
6. **—El planetoide maldito, *Van S. Smith.***
7. **—Los Hombres Gusano de Ceres, *Leo MacDonal*.**
8. **—Los Vampiros de la Muerte, *Leo MacDonal*.**
9. **—Cautivos de Voidan, *V. A. Carter.***
10. **—Atentado a la Tierra, *J. Scott Barry.***
11. **—Comandos en el espacio, *Edward Wheel.***

Vencidos los saboteadores que lo impedían, la expedición del coronel Barton pudo salir en dirección al planeta Astero. Después de treinta días dando vueltas por el espacio investigando aquel planeta, los datos fotográficos de medidas, seres humanos, ciudades, atmósfera, suelo, ríos y mares; eran idénticos a los de la Tierra.

¿Qué significaba todo aquello?

¿Había fracasado la expedición?

Esta era la creencia general hasta que un olvidado profesor desempolvó su vieja teoría.

J. SCOTT BARRY

desentraña el misterio que rodeó a la expedición Barton a través de las páginas de su interesante relato titulado

LOS INVASORES DE ASTERO

(Segunda parte de «ATENTADO A LA TIERRA»)

Conozca una de las más fabulosas aventuras que puede vivir el hombre en su lucha por la conquista de otros mundos en

LOS INVASORES DE ASTERO

Se publicará en el próximo número de la popularísima Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú, 924. Bs. As.